

NORTE

TERCERA EPOCA - REVISTA HISPANO-AMERICANA - No. 244



Publicación bimestral del Frente de Afirmación Hispanista, A.C. Lago Ginebra No. 47 C, México 17, D.F. Tel.: 541-15-46. Registrada como correspondencia de 2a. clase en la Administración de Correos No. 1 de México, D.F. el día 14 de junio de 1963.

Fundador: Alfonso Camín Meana.

Miembro de la Cámara Nacional de la Industria Editorial.

DIRECTOR

Fredo Arias de la Canal L.A.E.

ASESORES CULTURALES

Leopoldo de Samaniego
Miguel Malo Zozaya

COORDINACION

Daniel García Caballero

JEFE DE REDACCION

Jorge Silva Izazaga

SECCION POETICA

Juan Cervera

COLABORADORES: Víctor Maicas, Emilio Marín Pérez, Albino Suárez, Braulio Sánchez Saez, Joaquín Montezuma de Carvalho, Agustín Contin, Berenice Garmendia, Juan López, Ernesto Lehfeld Miller y Cuauhtémoc Reséndiz N.

El contenido de cada artículo publicado en esta revista, es de la exclusiva responsabilidad de su firmante.

Impresa y encuadernada en los talleres de IMPRESOS REFORMA, S.A., Dr. Andrade 42 Tels.: 578-81-85 y 578-67-48, México 7, D.F.

NORTE

TERCERA EPOCA - REVISTA HISPANO AMERICANA

No. 244

SUMARIO

SUMARIO

CARTAS DE LA COMUNIDAD	4
EDITORIAL	6
ARABIBERIA. Rudolf Rocker	8
LOS ARABES. Antonio Conde	11
EL IDIOMA ESPAÑOL Y LA LIBERTAD. Leopoldo Zea	14
PAPELES DEL PRIMER IMPERIO	15
ESPAÑA. Antonio Machado	17
LIBERTAD Y ECONOMIA. Salvador de Madariaga	18
DOS POEMAS DE RAMON DE CAMPOAMOR	21
HISPANOAMERICA E IBEROAMERICA. Carlos Pereyra	22
ANTONIO CALDERON Y LA FUNDACION MEXICANA.	
Francisco de la Maza	26
HERNAN CORTES. Leopoldo Martínez Cosío	28
DECLARACION DE PRINCIPIOS DE LA FRATERNIDAD	
IBEROAMERICANA, A.C.	29
CON EL POETA ROBERTO CABRAL DEL HOYO	30
MIGUEL DE ANIELLO	33
EL PLAGIO. Edmundo Bergler	40
JAIME EYZAGUIRRE. Rodolfo A. Cerviño	45
REFLEXIONES EN TORNO AL NACIONALISMO MEXICANO.	
Fredo Arias de la Canal	48
SANTIAGO RAMON Y CAJAL. Joaquín Montezuma	
de Carvalho	52
HISTORIA DE LA PSIQUIATRIA. Dionisio Nieto	55
HERNANDO CORTES Y LOS INDIOS AZTECAS EN	
ESPAÑA. Howard F. Cline	58
LA POESIA DE CABRAL DEL HOYO	71
CUATRO POEMAS DE ODON BETANZOS	74
TRES POEMAS DE AMOR DE AMELIA SAIEG	76
"DESCONCIERTO". María Ofelia Huertas Olivera	78

Precio del ejemplar en la
República Mexicana: \$ 5.00

Suscripción anual para
el extranjero: 5 Dlls.

De la Arcadia

Un correo que viene de tarde en tarde a la Arcadia, donde ha casi tres siglos y medio que a la usanza de los pastores ando por los montes, por las selvas y por los prados, cantando aquí, endechando allí, bebiendo de los líquidos cristales de las fuentes, o ya de los limpios arroyuelos, o de los caudalosos ríos; trajo un librito algo diferente a todos aquellos que suelen llegar por aquí, titulado: **Intento de psicoanálisis de Cervantes**, el cual devoré con el ansia del que cree que alguien ha llegado al sosegado entendimiento de por qué el estéril y mal cultivado ingenio mío engendró la historia de un hijo seco, avellanado, antojadizo, y lleno de pensamientos varios y nunca imaginados de otro alguno. Creo menester declarar, para quienes quieran juzgarlo, que siempre puse ojos en quien fui, procurando conocerme a mí mismo, que es el más difícil conocimiento que pueda imaginarse, no lográndolo hasta haber terminado la historia de mi casto, enamorado y valiente caballero don Quijote de la Mancha, porque te sé decir que, aunque me costó algún trabajo componerla, al contemplarla fácil fue mirarme en aquel espejo de la caballería manchega, pues añadí dolor a dolor y pena a pena, de suerte que sentí un grande alivio al compadecerme de aquel su estado que, sin duda, fue trabajoso, aporreado, hambriento y sediento, miserable, roto y pijooso.

Sin juramento me podrás creer, hermano Arias, que ahora que me acabo de desengañar de un engaño en el que he estado el mucho tiempo que ha que resido en estos lugares, llegó otro opúsculo tuyo, el de don Hernando Cortés, en el que haces una comparación de ciertos rasgos de su carácter con ciertos otros del mío, y a decir verdad, te informo, por si no hubieres mi-

rado en ello, que yo nací el mismo año en que murió aquel valiente capitán, y tiempos después, cuando todavía disfrutaba yo de aquella dichosa juventud, mi amado padre me donó un libro de la historia del noble extremeño, escrita por un tal Gómara que dicen que fue capellán suyo. Presto quise imitar la vida de aquel genio temerario de la osadía que barrenó los navíos y dejó en seco y aislados a los valerosos españoles en el Nuevo Mundo, forjándome grandes ilusiones de ser caballero andante, y de irme por todo el mundo con mis armas y caballo a buscar las aventuras. Y a la fe, te confieso, que ahora me enteró de otros muchos rasgos que Cortés y yo teníamos semejantes, lo que ha venido a estrechar aún más la grande amistad que llevo con este señor y amigo mío, quien en este paraíso terrenal goza no sólo de la gloria de sus armas, de la fama de sus hechos y de la memoria de sus virtudes, sino de la grandeza de sus letras, escritas en la Nueva España al calor de sus hazañas.

Sólo quisiera, acerca de lo de Cortés, y para bien de los que profesan en la orden de la andante caballería, recordarte algo que, aunque no por insuficiencia y pocas letras, se te pasó inadvertido, y que tanto para don Hernando como para mí, que por él hablo por la confianza que me tiene, lo considero de la mayor importancia, y no es otra cosa a la que me refiero, que cuando hiciste el parangón de los estados sonambúlicos, que así les llamas ahora, entre Ajax el telamonio y el cortésísimo conquistador, pudiste, sin menoscabo alguno, haber también comparado lo de aquella brava y descomunal batalla que don Quijote tuvo con unos cueros de vino tinto, pues el caballero desenvainó la espada, con la cual dio cuchilladas a todas partes, diciendo palabras como si verdaderamente estuviera peleando

con algún gigante. Y es lo bueno que no tenía los ojos abiertos, porque estaba durmiendo, y soñando que estaba en batalla con el gigante. Lo cual, recordarás, visto por el Ventero, tomó tanto enojo, que arremetió con don Quijote y a puño cerrado le comenzó a dar tantos golpes, pero ni con todo aquello despertaba el pobre caballero, hasta que el Barbero le echó un caldero de agua fría por todo el cuerpo, con lo cual despertó don Quijote; mas no con tanto acuerdo, que echase de ver de la manera que estaba.

Como lo habrás imaginado, Arias, yo también sufrí tales locuras durante mi vida, habiendo tenido más de una aventura por las ventas por donde me llevaban mis varios oficios, habiendo quedado en alguna ocasión, como el bueno de Quijana, de mala traza y peor talante; pero gracias a los privilegios de que gozo en la Arcadia, entre los cuales se encuentra el de leer todo lo que de mí se estampa en el mundo, me he llegado a conocer mejor ahora, que en siglo que di mi espíritu para venir a estos prados a gozar de eterno descanso y felicidad.

No quiero encarecerte el servicio que te hago en haberte recordado lo que te he dicho sobre tan honrado y noble caballero como lo fue el de la Triste Figura, pero te aconsejo que en la segunda edición que hagas del estudio sobre Cortés, incluyas esa batalla en la que Sancho vio correr la sangre por el suelo y la cabeza del gigante cortada y caída a un lado, y fío, que no desdeñarás la cortedad de tan humilde servicio que con esto te hago.

*Alguil de carbanti
Jaime de la*

ESTATICA Y DINAMICA



El Director

Mucho se ha hablado de que la cultura hispánica tuvo su siglo de oro (precisamente) coincidiendo con la preponderancia política que tenía España en el Mundo, fenómeno éste que conviene ver de cerca puesto que nos puede descubrir las razones del colapso cultural que sobrevino en los siglos XVII y XVIII.

Considero que son dos los factores políticos básicos del carácter nacional español: El estático, religioso o místico, y el dinámico caballeresco o existencialista. El equilibrio entre estos dos factores le dio a España sus mejores días, porque ambos se complementaron. Durante las guerras seculares contra el Islam, la conquista de América y quizá hasta la derrota de la Invencible, prevaleció el espíritu dinámico sobre el estático, mas una vez cesadas las luchas, la estática española fue envolviendo a la dinámica hasta reducirla a una cosa sin importancia.

Nadie mejor de Cervantes advirtió este cambio, ni nadie como él trató de resucitar el espíritu caballeresco español a través del *Quijote*, que no sólo encierra en su seno la esencia de la psicología masoquista, sino sus efectos inmediatos como son la conducta existencial y la dogmática. El Manco de Lepanto sintió llegar el colapso de la dinámica española cuando observó que los andantes caballeros llevaban el peso de las armas y sufrían trabajos acometiendo peligros y exponiendo sus cuerpos al frío, al calor, a las lluvias, a los vientos y sufriendo sed y hambre por los caminos, "todo esto al revés de los letrados; porque de faldas, que no quiero decir de mangas, todos tienen en que entretenerse, así que, aunque es mayor el trabajo del soldado es mucho menor el premio".

Benjumea nos dice que a finales del siglo XVI "andaban arrinconados y sin premio tantos y tantos famosos capitanes que habían servido al rey toda su vida y tenían sus cuerpos acribillados de heridas, y se daban los oficios y empleos a imberbes y muelles cortesanos que nunca habían salido de pisar alfombras".

Estos ejemplos nos demuestran que no había en que emplear a los guerreros, puesto que España al permitir una emigración desenfrenada de sus mejores hombres dejó de ser una potencia ofensiva. Qué distinta —nos dice Madariaga— y qué feliz hubiera sido España si Isabel no le hace caso a los sefardíes Santángel y Colón. Queda la duda de que el pueblo judío haya desviado el avance español hacia América, previniendo la intolerancia dogmática que se le avecinaba después de la Toma de Granada, para abrirse una puerta por donde emigrar y salvar su religión, como en efecto lo hizo, pues, era evidente que España iba a ser la Roma del siglo XVI, pero una Roma intolerante.

Una vez que España se había desangrado en América todo fue una decadencia progresiva: que si la culpa fue la expulsión de los judíos, que si los reyes fueron unos ineptos, y mil razones más que se pueden resumir en un proverbio: "Cuando no hay harina todo es mohina". Pero ¿y el oro de América? Esto no fue más que un espejismo, puesto que con ello se compraba en Europa todo lo que antes producía la industria nacional y se pagaban las deudas contraídas en guerras estériles, hasta que llegó el momento en que no hubo ni lo uno ni lo otro, ni oro ni industrias.

El hecho de que el declive cultural español haya coincidido con el político, se debe a que para que el espíritu se pueda sublimar no debe de sufrir cortapisas de ninguna especie, más aún cuando toda sublimación es una defensa que requiere de libertad absoluta de expresión. Entonces, pues, el desarrollo intelectual no puede supeditarse a ninguna imposición, dogma o doctrina como la que existía en todo su apogeo a principios del siglo XVII, pues ésta, no sólo impuso una severa censura para las obras literarias, y reprimió el sentimiento sensual-estético del pueblo español prohibiendo la representación teatral de *La Celestina* y otras, sino que trató de opacar el espíritu existencial español prohibiendo la publicación de las obras de Cortés.

La estática española ya miraba con suspicacia el espíritu caballeresco o existencial del pueblo desde el siglo XV y por la voz de un alto exponente de la retórica clásica: Arias Montano, se reprobaba la lectura de los libros de caballerías:

Errantesque equites, orlandum, espladiana graecum palmirenumque duces et caetera monstra vocamus et stupidii ingenii partus, faecemque librorum.

(Citado por Menéndez y Pelayo: H.I.E.E. Lib. II, pág. 173).

Luis Vives, en su libro *De Causis Corruptarum Artium*, libros II, "tiene palabras de singular elogio para *La Celestina*, cuyo desenlace considera como ejemplar escarmiento", nos dice Menéndez y Pelayo (Idem. pág. 158).

Cervantes, hábilmente, consigue la licencia del Consejo Real para imprimir *El Quijote*, admitiendo: "Y pues esta vuestra escritura no mira a más que a destruir autoridad y cabida que en el mundo y en el vulgo tienen los libros de caballerías". Y hace el excomulgado de Ecija todo lo contrario en la práctica, porque a través de varios de sus personajes loa los libros caballerescos, y además plasma la filosofía existencial de su gran caballero andante. Esto lo captó Madariaga inmediatamente:

"No nos extrañemos, pues, si en la actitud del autor de *El Quijote* para con los libros de caballerías echamos de ver elementos en sorprendente contradicción con el fin expreso para el que *El Quijote* se escribió". (Guía del lector de *El Quijote*, pág. 34).

Lope de Vega es muy claro:

"Riense muchos de los libros de caballerías (...) pero penetrando los corazones de aquella corteza, se hallan todas las partes de la filosofía, es, a saber: natural, racional y moral". (Tercera parte de *Las Comedias*. Madrid, 1620).

Pero entre las cenizas de aquel holocausto español como una iridiscente gema de brillo eterno se salvó el espíritu dinámico, históricamente relevante ya en los árabes y en los griegos, plasmado en esa obra inmortal que plantea la filosofía existencialista, filosofía que volverán a hacer suya todos los pueblos de habla española que deseen participar con estoicismo y voluntad en la segunda epopeya de la Hispanidad.

Si hechamos una mirada a la historia de España, observaremos que al invadir la península ibérica los árabes, procedentes de Africa, el imperio visigótico se hallaba ya en estado de descomposición interior. Los godos, una vez sometido el país, habían arrebatado a sus habitantes vencidos dos terceras partes de su territorio y las entregaron, a título de fundación, a manos muertas, a la nobleza y al clero. Eso dio origen a la formación, sobre todo en el Mediodía del país, de un señorío de grandes terratenientes, junto con un rudo sistema feudal, bajo el que fue decreciendo de manera gradual el rendimiento del suelo: el país que en otro tiempo había sido el granero de Roma esterilizóse cada vez más, hasta convertirse, en el decurso de algunos siglos, en un verdadero desierto. **Las inhumanas persecuciones contra los judíos, especialmente en el reinado de Sisebuto —monarca entregado en cuerpo y alma a la Iglesia—, fueron un golpe terrible dado a la economía, puesto que el comercio y la industria estaban, en parte, en manos de las comunidades israelitas.** Promulgada por Sisebuto una ley que ponía a los judíos en la disyuntiva de abrazar el cristianismo o ser marcados o vendidos como esclavos, emigraron 100,000 judíos a las Galias y otros 100,000 a Africa, **sometiéndose al bautismo únicamente 90,000.** A esto siguieron las perpetuas luchas por la sucesión al trono, en las que desempeñaron no pequeño papel el veneno, el puñal, la traición y el vil asesinato. Sólo así se explica que los árabes pudiesen conquistar el país entero en tan breve espacio de tiempo y sin notable resistencia de parte de sus moradores.

Derrotado definitivamente el último de los reyes godos por el caudillo árabe Tarik, los árabes y sus aliados irrumpieron en el país con inmensas huestes, poniéndose entonces los primeros jalones de **aquella brillante época de civilización que hizo de España, durante algunos siglos, el primer país culto de Europa.** Este período se señala, por regla general, como época de la cultura árabe en España; pero esta denominación no es muy ajustada a la realidad, por cuanto los árabes, propiamente tales, formaban una pequeña parte de las huestes musulmanas que penetraron en el país; mucho más numerosos eran los bereberes y los sirios, a los que se agregaron gran número de judíos, los cuales tuvieron notable participación en la preparación y fomento de aquella gran civilización. Fue, sobre todo, la lengua árabe lo que sirvió de aglutinante para la incorporación de razas tan diversas y de elementos étnicos tan distintos entre sí.

El país, completamente devastado por el feudalismo godo, se transformó en breve tiempo en un verdadero paraíso: con la construcción de gran número de canales

y la instalación de un sistema de riego por medio de canales secundarios y acequias, desarrollóse la agricultura en un grado tal como no lo había visto España anteriormente ni lo ha vuelto a ver jamás. En el fértil suelo español vegetaban la palmera, la caña de azúcar, el añil, el arroz y otras muchas plantas alimenticias que **los árabes introdujeron en el país**, el cual se hallaba poblado por numerosas ciudades, villas y aldeas, todas ellas a cual más floreciente. Según las descripciones de los cronistas árabes, España era a la sazón el país más rico en ciudades de Europa y el único donde el viajero podía atravesar, en una jornada de un día, dos o tres ciudades, además de numerosas aldeas. En el período de florecimiento de la civilización sarracena contábanse en ambas orillas del Guadalquivir seis grandes ciudades, trescientas villas y mil doscientas aldeas.

La minería, con el beneficio de las ricas venas metalíferas de las montañas, tomó un incremento nunca alcanzado ni siquiera en los tiempos actuales, y a favor de este florecimiento de las industrias extractivas, en gran número de ciudades prosperaban las artes y la industria en general, difundiendo en todo el país el bienestar y dando satisfacción a las necesidades y mejoras creadas por la misma civilización. La industria textil, en sus dos ramas de hilados y tejidos, daba ocupación a más de dos millones de personas. Sólo en Córdoba, 130,000 personas vivían de la sericultura y de las industrias derivadas, y algo análogo ocurría en Sevilla. En los numerosos talleres que funcionaban en dichas ciudades y otros lugares del mediodía de la península, se fabricaban los más finos paños, rasos, damascos y preciosas alcatifas, productos sumamente apreciados en el extranjero. Llegaron a obtener renombre universal los trabajos de filigrana y esmalte de los árabes. Producía asimismo la España musulmana las más hermosas manufacturas de la alfarería y cerámica (es célebre la cerámica hispano-morisca), cuyo glaseado de oro y reflejos metálicos no ha podido obtener hasta ahora la industria moderna. **Los árabes fueron quienes introdujeron en Europa el papel** que, manufacturado en España, suplantó al pergamino, que era un producto mucho más costoso. Finalmente puede decirse que no hubo en la España musulmana rama alguna de la industria que no llegase a su mayor perfección.

Corrió pareja con este brillante desarrollo de las artes y la industria, el progreso de las bellas artes y la ciencia, habiendo llegado ambas a una altura que aún hoy nos causa verdadera admiración. En efecto, mientras en toda Europa, en los siglos X y XI, no existía biblioteca alguna pública ni funcionaban más que dos universidades que justamente mereciesen el nombre de tales, en España las primeras eran en número de más de setenta,

FORO DE NORTE

y entre ellas la de Córdoba contaba con 600,000 manuscritos. En cuanto a universidades, tenían justo renombre las diecisiete que había en España, sobresaliendo entre ellas las de Córdoba, Sevilla, Granada, Málaga, Jaén, Valencia, Almería y Toledo. De muy apartadas tierras venían estudiantes a cursar en las escuelas superiores árabes, llevando a su patria los conocimientos en ellas adquiridos, lo cual contribuyó no poco al ulterior despertar de las ciencias en Europa. La astronomía, la física, la química, las matemáticas y la geometría, la lingüística y la geografía llegaron en España al nivel más elevado que en aquella época se podía alcanzar; **pero la ciencia que rayó a especial altura fue la medicina, cuyo desarrollo era imposible en los países cristianos, puesto que la Iglesia condenaba con la pena de muerte la disección de los cadáveres.** Artistas y hombres de ciencia se unían en asociaciones especiales para la prosecución de sus estudios y, en todos los dominios de la ciencia se organizaban congresos regulares, en los que se ventilaban las últimas conquistas científicas y se dictaminaba acerca de sus ventajas o inconvenientes, todo lo cual había de contribuir necesariamente a la propagación y difusión del saber en el campo del pensamiento científico.

Enorme fue la producción de los árabes en el terreno de la música y de la poesía, cuyas graciosas formas influyeron poderosamente en la misma poética cristiana de España; lo que crearon en los dominios de la arquitectura es tan grande que linda con lo fabuloso. Desgraciadamente, la mayor parte de sus mejores construcciones cayeron derribadas por la barbarie de los cristianos, y aun allí donde el fanatismo de los adoradores de la Cruz no pudo arrancar de cuajo lo existente, por lo menos satisfizo su sed de destrucción sectaria mutilando sin tino egregias obras de arte. En pie están aún, como elocuente testimonio de la riqueza constructiva de aquella época singular, construcciones como el Alcázar de Sevilla, la gran mezquita de Córdoba y, sobre todo, la Alhambra de Granada, en las que el estilo arquitectónico hispano-árabe demostró haber llegado a su mayor perfección. En la mezquita de Córdoba —que al ser expulsados los moros se transformó en templo cristiano—, la impresión de asombro que causaba su interior con las diecinueve puertas de bronce y las 4,700 lámparas se desvirtuó en gran parte con la bárbara reforma que luego se hizo, tan desacertada que el propio Carlos V hubo de dirigir a los encargados de la obrería aquel merecido reproche: "Habéis construido lo que en otras partes hubiera estado igualmente bien, pero habéis destruido lo que era único en el mundo".

Lo que dio al estilo arquitectónico hispanoárabe el carácter peculiar que le distingue de los demás, fue la profusión de esa rara ornamentación de paredes e interiores que por antonomasia se llamó "arabesco". Como el Corán prohibía a los musulmanes la representación gráfica de la figura humana y de los animales, la fantasía mora recurrió a ese laberíntico juego de líneas, el cual, en su delicada e inagotable riqueza de formas, conmovía tan hondamente el espíritu que pudo calificársele con razón de "magia de la línea". El arte de los arquitectos disponía entonces de un campo tanto más dilatado cuanto que las ciudades tenían gran densidad de población y áreas muy vastas y espaciosas; así Toledo, en la era de florecimiento de la cultura árabe, tenía 200,000 habitantes; Sevilla y Granada, 400,000 cada una, y de Córdoba refieren los cronistas árabes que comprendía más de 200,000 edificios, entre ellos 600 mezquitas, 900 baños públicos, una universidad y numerosas bibliotecas públicas.

Es digno de notar que tan elevada cultura se desarrolló en una época de descentralización política que en modo alguno se hallaba influida por la forma de Estado monárquica. Incluso al elevarse al califato Abderramán III se vio obligado a hacer las más amplias concesiones al sentimiento de la personalidad y al anhelo de independencia de que estaba poseída la población; tenía el convencimiento de que una rigurosa centralización de las fuerzas del Estado habría de provocar automáticamente un conflicto con las antiguas constituciones políticas de los árabes y los bereberes, conflicto capaz de conmover a todo el Imperio. **El país estaba dividido en seis provincias, administradas por una especie de virreyes.** Las grandes ciudades tenían su gobernador, las pequeñas su *cadí*, las aldeas su juez subordinado o *bakim*.

Estos funcionarios —dice el profesor Diercks en su *Historia de España*—, en cierto modo no eran sino mediadores entre el gobierno imperial y los municipios, cuya administración era completamente autónoma, siendo esta autonomía ilimitada al tratarse de tribus enteras o de grupos de familias que hacían vida común. Tanto los árabes como los bereberes se regían por sus antiguas leyes y estatutos y no toleraban la ingerencia de las autoridades en los asuntos de sus comunidades. De igual libertad gozaban los cristianos, los cuales elegían de su seno a los condes, y éstos dirigían, junto con los obispos, la administración comunal, siendo responsables ante el Gobierno no sólo del cumplimiento de los deberes ciudadanos por sus compañeros de fe, sino también de la puntual recaudación de los impuestos y gabelas. Los obispos, aunque debían su elección al libre voto de la comunidad, necesitaban la confirmación de los califas, que era como una transmisión del respectivo derecho

FORO DE NORTE

de soberanía de que habían gozado los reyes godos. Análoga era la situación civil de los judíos, cuyos grandes rabinos figuraban casi siempre como jefes de la comunidad¹.

Los soberanos de la dinastía de los Omeyas, durante los trescientos años de su existencia, no lograron de hecho empuñar seriamente las riendas del Estado ni dar forma unitaria al gobierno del país. Todo intento en este sentido condujo a sublevaciones interminables, a denegaciones de impuestos, a la temporaria defección de determinadas provincias y hasta a la violenta destitución de los califas. Así, pues, el Imperio era un organismo carente de verdadera trabazón, que se disolvió en seguida en sus componentes al renunciar Hixem III (1031) a su cargo de califa y abandonar los lugares de su primitiva soberanía. Fue entonces cuando el soberano dimisionario pronunció aquellas resignadas palabras: **"Esta generación no ha nacido para mandar ni para obedecer"**. Córdoba se erigió luego en república, y lo que antes era Imperio se fraccionó en una docena de "taifas" o pequeños Estados que no obedecían a gobierno alguno central. Y, sin embargo, entonces fue cuando la cultura sarracena llegó a su mayor grado de florecimiento y esplendor: las pequeñas municipalidades rivalizaron entre sí, esforzándose en aventajarse unas a otras en el fomento de las artes y las ciencias. La quiebra de la autoridad estatal no hizo la menor mella en la obra del progreso del espíritu, sino que, por el contrario, le dio gran empuje por no tener que soportar el peso de las limitaciones políticas.

También en la España cristiana se observa claramente cómo la marea del desarrollo cultural asciende o desciende, según el poder público ejerce su acción dentro de determinados límites, o bien toma tales proporciones que rompe todo obstáculo interior y se adueña de todos los resortes de la vida social. Derrotados los visigodos por los árabes, una parte del ejército de aquéllos huyó en desbandada, refugiándose en las montañas de Asturias, donde formó un pequeño y misero Estado, haciendo desde allí continuas irrupciones sobre el territorio ocupado por los árabes. Allí dio comienzo aquella interminable guerra entre la Cruz y la Media Luna, que duró más de setecientos años y que dio origen a la estrecha colaboración de la Iglesia con la cruzada nacional hispánica, que había de imprimir en el subsiguiente Estado unitario español su sello característico y dar al catolicismo del país esa forma que no ha tenido en ningún otro.

¹ Gustav Diercks, *Geschichte Spaniens von den frühesten Zeiten bis auf die Gegenwart*, v. II, pág. 128. (Berlín 1892.)

Tomado de: **Nacionalismo y Cultura**. IMAN, Argentina. 1942.



LOS ARABES

Antonio Conde

De Abderahman ben Moavia errante entre los Alárabes del desierto.

Bendito sea aquel Señor en cuyas manos están los imperios, que da los reynos, el poderío y la grandeza á quien quiere, y quita los reynos, la potestad y la soberanía á quien quiere: Señor Alá, tu imperio solo es eterno y sin vicisitudes, y tú solo eres sobre todas las cosas poderoso. Estaba escrito en la tabla reservada de los eternos decretos que á pesar de los Beni Alabas, y de sus deseos de acabar con toda la familia de los Beni Omeyas, ya despojada del califado y soberanía del imperio musulímico, todavía se habia de conservar una fecunda rama de aquel insigne tronco, que se establecería en Occidente con floreciente estado. Abderahman ben Moavia ben Hixem ben Abdelmelic ben Meruan, mancebo de veinte años, pues había nacido el año ciento y trece en el campo de Damasco, se halló, por fortuna, ausente en Zeitun cuando fué la orden del Califa Asefah para darle muerte á él y á su primo Suleiman ben Hixem ben Abdelmelic, que ambos vivian sobreseguro y honrados en la corte. Luego fue avisado de la muerte de su primo, y de la mucha diligencia con que buscaban su cabeza. Proveyéronle de joyas y caballos sus fieles amigos: se disfrazó, y desconfiando de poder estar desconocido en Syria, huyó de aquella tierra por caminos extraviados: salió de su patria, abandonando los palacios de sus padres y abuelos, sin osar entrar en poblado, que no era persona oscura y desconocido, sino hijo de Príncipes poderosos dueños de aquellas provincias. Anduvo errante y fugitivo desde el año ciento treinta y dos, viviendo entre Beduinos y pastores; y aunque acostumbrado á los regalos de la opulencia, y á las delicias de las ciudades, se acostumbró con facilidad á la rústica y dura vida del campo, como si hubiera nacido en sus valles y rancherías. Estaba cada dia con nuevos sobresaltos, las noches pasaba con desvelo, y á las alboradas era el primero que ponía el freno á su caballo.

Pensando hallar mas seguro asilo en Africa que en Egipto dejó á sus Beduinos y pasó á ella: era gobernador de la provincia de Barca Aben Habib, que debia su autoridad y buena suerte é los Califas Beni Omeyas; pero siguió el ayre de la fortuna que soplabá, y olvidó á sus antiguos favorecedores. Tenia este Wali espiados todos los pasos, y dadas las órdenes para prender al jóven Abderahman, y luego supo que un mancebo de sus mismas señas habia entrado en su provincia. Avisó á sus alcaides, y mandó buscarle en toda la tierra, diciéndoles: que no podian hacer al Califa servicio mas agradable que la prision de aquel fugitivo.

Andaba Abderahman en tierra de Barca, y en todas partes halló gentes bien intencionadas y benéficas que se le aficionaban y deseaban servirle: su edad, su gentileza, cierta magestad que resplandecía en sus ojos, y su condicion afable ganaba los corazones y voluntad de cuantos le trataban. Los Beduinos del aduar en que estaba hospedado fueron una noche alcanzados de una compañía de gente acaballo, enviada por Aben Habib para prender á Abderahman: preguntáronles por un jóven de Syria de tales señas, que los Beduinos no dudaron que buscaban á su huesped **Giafar Almazor, que con este nombre le llamaban ellos**, y recelando que no fuese para bien suyo, les respondieron: que cierto, el mismo que buscaban habia salido á caza de leones con otros jóvenes, y debian pasar la noche en un cercano valle. Partieron aquellos emisarios al indicado valle, y los honrados Beduinos llegaron presurosos y manifestaron á su huesped lo que les habian preguntado y sus bien fundadas sospechas: agradeciéndoles con lágrimas y sinceras expresiones lo que por él habian hecho, y acompañado de seis esforzados mancebos del aduar huyó durante la noche, y protegido de sus sombras á procurarse en mas apartados desiertos algun seguro asilo de las asechanzas de Aben Habib: atravesaron grandes llanuras y collados de arenas: oyeron sin temor el rugido de fieros leones; y continuando intrépidos algunas jornadas llegaron á Tahart¹ donde hallaron generosa acogida. Los hospedó en su casa un noble Xeque de los mas principales de la tribu Zeneta, los visitaron en ella todos los de Tahart, y querian llevarlos á sus casas. No quiso Abderahman disimular aquí su origen y desgracias, sabiendo la nobleza y generosidad de esta tribu y que su madre Raha procedia de ella. Divulgada esta feliz circunstancia todos los Xeques Zenetes le ofrecieron su amistad y favor, y se acrecentó la buena voluntad que ya le tenian, y producía naturalmente su gentileza y afabilidad.

Entretanto en España continuaba la guerra civil: los Muslimes de la España oriental mantenian el partido de los Alabdaries, que acaudillaba Amer ben Amrû el Coreixi: los de Andalucía y de tierra de Toledo, conducidos por el Amir Jusuf el Fehri, peleaban con varia fortuna contra ellos en las ásperas sierras de las fuentes del Tajo, posiciones difíciles que favorecian á los Alabdaries, que tenian pocos caballos, y en ellos consistía la fuerza de la hueste de Jusuf el Fehri: se distinguió con hechos muy señalados el caudillo Wahib, hijo de Alabdari, en esta 753 guerra de montaña el año ciento treinta y seis, y parte del ciento treinta y siete. Era el furor y la enemistad igual en ambas partes: los campos se talaban, los pueblos se destruían, toda las provincias

estaban inquietas, y los habitantes sin seguridad y sin justicia; gravados con arbitrarias y violentas exacciones, forzados á seguir, segun las vicisitudes de las armas, uno ú otro partido, detestando en su corazon de ambos.

Del consejo de los Xeqes de Syria y Egipto establecidos en España.

En este tiempo de calamidad algunos buenos Muslimes de los que habian entrado en España el año ciento y trece del ejército de Coltüm ben Ayadh el Maanic, entre otros Husâm ben Melic de Damasco, Hosain ben Adagim el Ocali, Hayût ben el Molemis Hadrami de Hemesa, Temam ben Alcama Abu Galib, Wahib ben Zahir, caudillos de gente de Syria establecida en España; en todos ochenta varones de integridad y prudencia, que veían con dolor los interminables males de la guerra civil, y el fuego de general discordia que incesantemente se encendia y acrecentaba: pospuesto todo temor, pero con la conveniente reserva y discreción, se juntaron en Córdoba á conferir y consultar sin pasion, ódio ni enemistad con los de ninguno de los dos partidos, qué remedio podia hallarse para acabar la guerra civil, y establecer en España un gobierno justo é independiente que asegurase la paz y quietud de los pueblos, la buena y constante administracion de justicia, la observancia de la ley, el premio de los buenos servicios, el castigo de los malhechores, y una sucesion tranquila y permanente del mando. Hayût de Hemesa les dijo: que bien sabian las revueltas de Oriente, la usurpacion de la soberanía del califado por los Alabas contra los Omeyas, la tiránica arbitrariedad de los gobernadores de las provincias, así de las apartadas regiones orientales de Chowarezmia y Mawaralnahar, como de las occidentales de Egipto y de Africa, y el general desasosiego del imperio musulmico: que en España ellos conocian por experiencia que como pais tan apartado de Oriente no podia esperarse que llegasen á tiempo los influjos de la justicia, aun cuando por fortuna ocupase el trono un Califa tan justo como Abu Becre ú Omar: que por hartos años habian visto cuánto mal ocasionaba al gobierno de los pueblos la distancia del trono: que no debian esperar como débiles y tímidas aves el triunfo de alguno de los que contendian para hallar la paz y la justicia que anhelaban. Temam ben Alcama y otros muchos dijeron, que todos estaban persuadidos de las mismas razones: que todos creian que bien unida España, independiente de Asia y de Africa, regida por un buen Príncipe sería el pais mas venturoso de la tierra; pero **¿dónde irémos á buscar este Principe que nos conviene?** callaron todos: entonces Wahib ben Zahir les dijo: no estrañéis

que os proponga un jóven descendiente de nuestros antepasados Califas, de la misma prosapia de nuestro Anabi Mahomad: en Africa vaga errante entre las tribus bárbaras, y aunque perseguido y fugitivo está en ellas respetado y servido por su valor y su noble condicion. De Abderahman os hablo, hijo de Moavia, hijo del Califa Hixem ben Abdelmelic. Convinieron todos en este pensamiento, y nombraron á Temam ben Alcama, y á Wahib ben Zahir, para que en nombre de los Xeqes de España, reunidos para el bien comun de ella, pidiesen á **Abderahman ben Moavia que viniese con ellos á ser su Amir y gobernar la España**, que todos le ofrecian su fidelidad y obediencia, que querían que reynára en ella con absoluta independencia de los Califas orientales y de todos sus gobernadores ó lugartenientes de Egipto y de Africa, y todos los buenos Muslimes de España darían su vida por mantener su independencia y el imperio que le ofrecían.

De la embajada de los Xeqes á Abderahman.

Con mucho secreto partieron á Africa los encargados de esta mensagería, pretextando otros motivos de su partida, porque los parciales de Jusuf ó de Alabdari no lo entendiesen. Llegaron á Tahart, donde fueron bien recibidos de los Xeqes de la tribu Zeneta, y presentados á Abderahman le comunicaron el propósito de su venida, y Temam ben Alcama le dijo: "Los Muslimes y España, y en su nombre los principales Xeqes de aquellas tribus de Arabia, Syria y Egipto, nos envian á ofrecerte de todo buen corazon y buen talante no solo un asilo seguro contra tus enemigos, que éste ya lo tienes en el amparo de estos nobles Zenetes, sino el imperio de los pueblos de España; ya eres dueño de sus corazones, y en su buena voluntad y leal abediencia apoyarás tu honra con mas firmes fundamentos que los montes: algunos peligros y resistencia encontrarás; pero no estarás solo: verás á tu lado a los esforzados caudillos conquistadores de Occidente, y los fieles pueblos que te desean y te llaman para que gobiernes aquel estado, que fue de tus abuelos: todos correrán á las peleas y á la muerte, si necesario fuese, para colocarte y mantenerte en la soberanía que te ofrecen." Suspenso estuvo un poco Abderahman, y como esperando si Temam continuaba sus razones, y viéndolos pendientes de su respuesta, dijo: "Ilustres caudillos, enviados de los Muslimes de España, por vuestro bien y por corresponder á vuestros nobles deseos iré con vosotros, pelearé por vuestra causa, y si el Señor me ayuda y aprueba la obediencia que me ofreceis, tendréis en mí un

[illegible]

Quedaron muy contentos de su determinación los enviados, y le manifestaron cuanto convenía el secreto al buen término de sus cosas: les dijo Abderahman que en todo caso no podía dejar de participarlo á sus bienhechores los Xeques Zenetes, que en esto nada se arriesgaba, y él no partiría de allí sin hacer esta confianza. Dijéronle que á su discrecion quedaba todo. Sin mas dilatarlo habló á los Xeques y les comunicó el negocio que traían aquellos caballeros, y la grave propuesta que le hacían: y con mucha prontitud dijo el Xequé su pariente: "Hijo mio, pues Dios te llama por ese camino, "no dudes seguirlo con valor, y cuenta con nosotros para "ayudarte, **que en verdad no se defiende y mantiene la "honra de la casa y familia sino con las lanzas y la ca-"ballería."** Todos los caudillos que estaban presentes le felicitaron ofreciéndole su compañía y auxilio: los Xeques Zenetes le ofrecieron quinientos caballos, los de Mecnasa doscientos, cincuenta caballos el Xequé de Tahart, y cien lanzas. Sin pasar muchos dias dispuso su partida, y el Xequé le dió su bendición con lágrimas: toda la juventud quería acompañarle, todos querían servirle: en la separacion y despedida de la familia del Xequé hubo lágrimas y desmayos: que no produce otra cosa la separacion de los amigos.

Tomado de: **Historia de la Dominación de los Arabes.**

EL IDIOMA ESPAÑOL Y LA LIBERTAD

Leopoldo Zea

Miguel de Cervantes Saavedra, la más alta expresión de la lengua española, es también el mejor símbolo del espíritu que ha animado al pueblo de que es afloración. España, la única, y España y los pueblos que de ella surgieron en esta América, se reflejan en este príncipe de las letras españolas. Cervantes simboliza todo ese mundo hispánico que ha sabido poner al servicio de la libertad su espada y su pluma, las armas y las letras. Soldado y hombre de letras, se sirve de la espada y de la pluma para enfrentarse a tiranías externas, como las que su brazo ayuda a derrotar en Lepanto, a tiranías internas, que el propio español llevaba en sí y que son combatidas por ese caballero "desfacedor de entuertos", que es Don Quijote de la Mancha.

Este espíritu ha sido recogido por los clásicos de nuestra lengua en América hispana. Las armas y la pluma han sido siempre puestas al servicio de la libertad. De todas las libertades. Tanto de las libertades internas como externas. Los clásicos de nuestro idioma se han sabido enfrentar tanto a las tiranías que en alguna forma se nos han querido imponer, como contra las tiranías que dentro de nosotros mismos han surgido. Han luchado por su independencia política, y han luchado por su independencia mental o intelectual. La palabra y la espada de un Bolívar, un Hidalgo, un San Martín, un O'Higgins y un Sucre, hacen posible esa primera rebelión, no contra España, sino contra una tiranía que por igual oprimía a todos los españoles.

Nuestros más extraordinarios clásicos de la lengua —Andrés Bello, Domingo F. Sarmiento, José Victorino Lastarria, Juan Montalvo, Juan Bautista Alberdi, José María Luis Mora, José de la Luz y Caballero y otros muchos— saben enfrentarse con denuedo a esas tiranías que, como una fatal herencia, surgen en estas tierras de la América hispana. Con las armas en la mano o con voz candente y brava, señalan al tirano y lo combaten. Un gran poeta y extraordinario escritor como el cubano José Martí, sabe morir en las ciénagas de su país para dar libertad a su pueblo. Cada uno de nuestros clásicos sabe poner al servicio de la libertad las mejores de sus armas. Lo mismo escriben un tratado sobre la lengua, la Filosofía o la Historia, que un panfleto para deshacer todo posible equívoco que en nuestra lengua haga posible la entronización de cualquier tiranía. Estos mismos hombres no titubean en tomar las armas para salir, como cualquier soldado, a enfrentarse con las fuerzas del mal, poniéndose al servicio del auténtico pueblo, ansioso siempre de libertades.

El idioma español, por su reciedumbre y señorío, no podía, ni puede ser en forma alguna, una lengua en la que se expresa cualquier servidumbre. En español se han escrito las más candentes condenas contra toda especie de tiranía; en español el hombre ha sabido abrirse las entrañas para buscar la raíz de todos sus males. Ejemplo vivo de la dignidad de la lengua española la ofrecen todos esos monumentos de la misma, desde los Roman-ceros, a La Celestina, y El Quijote, hasta el Facundo del argentino Sarmiento, el Ariel del uruguayo Rodó, la poesía de José Martí y todo ese caudal de la literatura hispanoamericana.

PAPELES DEL PRIMER IMPERIO

No Hiciera el Mismo Demonio las Cosas que don Antonio

Ay, ven, tu arrullo celestial imploro;
ven, consuela mi espíritu afligido,
¡oh excelsa paz! el manantial crecido
moderna de las lágrimas que lloro.

No nos podemos entregar al íntimo deseo de ser superiores a nuestros semejantes, sin hacer el uso más digno y sublime de las nobles facultades del alma; de aquel valor que es uno de los más preciosos atributos de nuestra especie, y de aquella emulación que no se concedió sino a ciertos genios privilegiados. El hombre anhelando trepar a la gran cumbre de la celebridad, sólo intentó elevarse sobre la condición de los otros, haciéndose como superior a sí mismo. ¿Y es digno esto de censura? ¿Merecerá que su denuedo se confunda con el orgullo y altanería?

El aumentar cada uno sus prerrogativas, perfeccionándose para ser más útil a la patria, constituye el verdadero amor de la gloria; y es la tarea que se impone el genio realzado y emprendedor. Para desempeñarla enteramente, pone en acción todas sus facultades morales; multiplica su ejercicio y aplicación en las diferentes relaciones con la sociedad, y la preeminencia que adquiere con sus mayores esfuerzos, es el único fin a que aspira.

El hombre ilustre, consecuentemente siempre a los principios de moralidad y justicia, y discurriendo alegre por la senda del verdadero ennoblecimiento, es un constante celador de su fama; mas al contrario, el orgulloso lleno de envidia por la reputación de los demás, y falto de valor y carácter, para elevarse sobre sí mismo, **adapta el frívolo recurso de degradar a todos aquellos cuyo mérito y superiores conocimientos humillan su soberbia.**

¿No podemos ensancharnos a nosotros mismos sin deprimir a nuestros semejantes? El salvaje cuya alma está dotada de una energía más que rara entre los hombres civilizados, se deja poseer de cierta especie de gloria, que lo distrae y embelesa; y constante idólatra de su libertad, de su fuerza y de su destreza, ni conoce el petulante orgullo, ni hay palabra en su lengua para expresar este vicio de las sociedades. Todos los hombres son sus hermanos; con este mismo nombre los llama: no desprecia al que es menos fuerte, o menos diestro que él, y si vitupera en la ocasión al cobarde, es porque

FORO DE NORTE

no lo cree su semejante.

¿Cuál es el motivo de que se juzgue a los hombres por lo que parecen, y no por lo que son o por lo que deben ser? ¿No existe la verdad mezclada con la mentira? ¿No resplandece la virtud en medio de los vicios? ¿Y por qué no ha de existir este puro amor de la gloria, sin estar identificado con el orgullo y manchado con el egoísmo? Recapitemos las frecuentes inconsecuencias de nuestro espíritu, cuyos pensamientos y primeras intenciones aunque reflexionadas, varían de improviso según las circunstancias; y muchas veces sin razón alguna suficiente. ¿No abusamos de nuestras luces en un rato de enfado al hablar sobre un asunto, que nos hubiera parecido muy otro en momentos serenos?

Si el deseo de elevarse sobre sí mismo no fuese el carácter del hombre superior: si este deseo no fuera el móvil principal de todos nuestros esfuerzos para aumentar nuestras facultades morales, y hacerlas servir no sólo a nuestra gloria, sino también a la de nuestros conciudadanos ¿por qué se afanarían tanto los hombres en fomentar y mantener el amor de las ciencias, de las artes y de todos los conocimientos con que perfeccionan su moral y multiplican sus gustos? ¿Cuál sería el objeto de tantas instituciones, sino para excitar la emulación? ¿Y qué otra cosa es ésta, sino el anhelo de la preeminencia? ¿Hay más poderoso resorte que ponga en movimiento las potencias del alma, y las haga desplegar con energía sus fuerzas intelectuales? Sin este noble deseo y los efectos que produce, esas academias, esas coronas y premios que se conceden al mérito, serían ciertamente unas meras ilusiones y fantasmas, presentadas a hombres engañados por una vanidad extravagante.

Debemos admitir como una verdad inconclusa, que **el amor de la gloria es una virtud necesaria para mantener e ilustrar a las sociedades, el cual ha de excitarse por una honrosa emulación y deseo de sobresalir a los demás hombres;** pues si no hubiese en éstos más actividad que la que exigen sus necesidades físicas, se consumirían en la ignorancia de sus cosas y de sí mismos.

La gloria, este atributo de la preeminencia, es un nombre consagrado a los grandes genios, a las virtudes sublimes, a las acciones más realizadas y heroicas, y la significación de esta palabra según sus diferentes aplicaciones. La gloria de un monarca es el amor de sus vasallos: la de un conquistador aunque muy falsa se cifra en la importancia y dificultad de sus conquistas: el

ingenio y la extensión de los conocimientos sublimes hacen la del filósofo; y la superioridad de la imaginación y talento constituyen la del afamado artista. Sobre todo la **gloria** más verdadera del hombre, es la perfección de sus cualidades morales: el amor de ésta debería arder en el corazón de todos, y particularmente en el de aquellos que obtienen grandes empleos, cuyos modales por lo común nos proponemos seguir. En vano se intentaría degradar a una de las primeras virtudes, confundiéndola con el insensato orgullo: este es un vicio que reina sólomente en las almas bajas y vulgares, y que ninguno encontrará en las verdaderamente grandes y heroicas.

No se debe confundir el amor de la gloria con el espíritu de pretensión que fomenta el egoísmo y produce la necia vanidad. El amor de la gloria es una semilla preciosa que fecundiza y manifiesta la excelencia del genio superior, el cual no solicita elevarse, sino en cuanto la requieren y permiten sus mismas cualidades y circunstancias. ¿Y no son éstas el único móvil capaz de conducir al hombre a las mayores empresas? ¿No son los grandes éxitos por los cuales adquiere la primacía, cuando el espíritu de pretensión extraviado por el orgullo jamás llega a conseguir el fin que se propone, por no saber medir sus distancias?

El hombre de genio superior abrazando todos los objetivos que excitan en él el deseo de gloria, descubre en una ojeada un horizonte inmenso; pero el espíritu de pretensión ve a corta distancia, y no pudiendo registrar el espacioso campo de las ideas, camina siempre a paso muy lento. El vuelo majestuoso del genio, exaspera la vandidad del hombre menos privilegiado.

No nos dejemos, pues, engañar por las inspiraciones del amor propio: la naturaleza que con tanta desigualdad midió nuestras fuerzas físicas, ordenó del mismo modo nuestras facultades mentales, y estableció entre ellas un orden sucesivo de poderes desde el hombre más aventajado hasta aquel a quien dotó de menos ingenio y capacidad. Una regla de proporción señala a cada uno el lugar que debe ocupar en razón de su valor moral, del mismo modo que sus cualidades y circunstancias el viso que debe hacer en la sociedad, por una serie de jerarquías desde el monarca hasta el último de los ciudadanos.

Si los hombres tuvieran el desprendimiento necesario para meditar esta verdad: si fueran tan justos que se convenciesen de ella, vivirían contentos de los medios

que han recibido, no sólo para desplegar su inteligencia, sino también para elevarse sobre su propia condición: harían de ellos un uso noble, y no los emplearían jamás para degradar a sus semejantes, ni se desdeñarían ocupar el lugar que les está señalado. **No despreciaríamos al que se sienta modestamente en un puesto inferior al que ocupamos: prestaríamos a los hombres de genio superior el tributo de veneración que se les debe, y a nuestros iguales aquella estimación que nos figuramos merecer de ellos; daríamos a todos el ejemplo de la emulación, y trabajaríamos de común acuerdo para ilustrar a la sociedad, y ennoblecer, por decirlo así, al género humano.**

¿Y no debemos creer que con este orden de inteligencias desde el hombre insigne hasta el más estúpido, no puede haber igualdad de pretensiones, porque tampoco hay igualdad de facultades? ¿Qué en donde quiera que es necesario el orden, se necesita un jefe revestido de superioridad, a cuyo eminente empleo conduce el amor de la gloria, siempre que esté iluminado por la sublime antorcha del genio?

Consideremos las cualidades que constituyen al hombre verdaderamente grande, colocándolo sobre la clase de otros: él es activo, perspicaz y emprendedor: jamás se entrega a cavilaciones estériles, ni se rinde a la congoja y desconsuelo cuando no logra sus deseos; porque sabe que el mal físico es el mayor de todos los males: no conoce ni el excesivo pesar, ni la inmoderada y necia alegría: evita los movimientos tumultuosos y consecuencias funestas de la esperanza o del miedo: su alma es como el más limpio cristal, y procura siempre que no sea empañada por el impuro soplo de las pasiones: está siempre dispuesto a todo acaecimiento, y conservando una seriedad superior a los caprichos de la fortuna, nada observa que lo arrebatase con una admiración indiscreta.

Por el contrario, el espíritu pusilánime, el hombre desidioso y sin carácter, es ineficaz, torpe y negligente: jamás se preocupa del deseo de aventajarse a los otros; y dado únicamente a la atención de sus necesidades más comunes, no sabe salir de la esfera en que lo colocó el accidente, ni extender su vista por el grandioso cuadro de los acontecimientos humanos, para reformar su condición con provecho de sí mismo y de la sociedad a que pertenece.

¿Cuál es el fin que se propone el hombre de genio, cuya alma superior se entrega a la pasión de la gloria

FORO DE NORTE

ESPAÑA

Antonio Machado

sino perpetuar su nombre por el juicio que forme la posteridad de sus acciones, contra el que puede muy poco el orgullo, el egoísmo y envidia? El no puede a la verdad, gozar de aquella en el corto intervalo de su existencia física, porque rodeado continuamente de la turba de detractores, está siempre expuesto a los tiros de sus envenenadas flechas: se sostiene de este modo con muchísimo trabajo, y lleno de valor en medio de las traiciones del egoísmo, y de los lazos que le tiende la envidia, al fin le sobreviene la muerte; pero apenas sobresale de esta mansión de prueba y tormentos, cuando aparece coronado de un laurel inmarcesible, y ocupando el lugar debido a su mérito en la estimación de los que lo conocieron, se sienta triunfante en el templo de la inmortalidad. Dije.

Tulio Donato Scipion

MEXICO: año de 1822.
Oficina de Betancourt.

Porque España, este vasto promontorio del occidente europeo, gran escudo de Europa durante ocho siglos; España, por quien existen potencias oceánicas y mundiales, ha dado siempre —repito— más de lo que ha recibido, y este sentido generoso de su actuación en la historia no lo ha perdido nunca. A cambio de tanta nobleza —digámoslo de paso— España ha sido víctima de las mayores calumnias; porque hasta el título de europea se le ha negado. Quienes, con total desconocimiento de la historia y de la geografía, sostienen que el Africa empieza en los Pirineos, olvidan que en los Pirineos no empieza, sino que en ella acaba el gran baluarte de la Europa Occidental, erizado de sierras y poblado de pechos indomables, merced a los cuales Europa es Europa. (...) España ha sido, en efecto, un pueblo de conquistadores; América es su gesta inmortal. Pero España no ha conquistado nunca para sí misma, no ha sido nunca un pueblo de presa, como lo han sido muchos. Sus conquistas en América van precedidas del descubrimiento de un continente, de todo un mundo nuevo. ¿Qué representan unas cuantas batallas ganadas a los indios por nuestros capitanes, ante aquella ingente labor exploradora, de adentramiento y de aventuras en países desconocidos, bajo climas crueles, ante aquella lucha gigantesca contra una naturaleza hostil, inhóspita, abrumadora? La gran gesta española es la conquista de la naturaleza, si queréis, de la geografía para la historia.*

* Publicado en: La Vanguardia (13 noviembre 1938, de Barcelona).

LIBERTAD Y ECONOMIA

Salvador de Madariaga

De todas las actividades colectivas, la que con más firmeza fija los límites del intelecto humano es quizás el orden económico de las cosas. El infinito de los espacios astronómicos y el anti-infinito de los arcanos del átomo se han prestado más fácilmente a la exploración por la mente humana que estas funciones corrientes y cotidianas del hombre que llamamos producción, distribución y consumo. Era, pues, de esperar, que en esta esfera se hayan producido las tentativas más heroicas y los más dramáticos fracasos de la generalización científica. De estas heroicas tentativas, dos dominan a las demás: una que afirma atrevidamente que si las tendencias naturales de la vida económica pueden manifestarse en libertad, puesto que el equilibrio de la vida económica es estable, toda ligera desviación de este equilibrio origina fuerzas que lo vuelven a producir. Por lo tanto, **dejar hacer**. La otra, no menos fría y científicamente, afirma que, como consecuencia fatal del capitalismo, la lucha de clases conducirá a un breve período de socialismo, tras el cual florecerá un Estado sin clases.

Hay una cosa segura: y es que ninguna de estas dos teorías es ciencia. El mundo de los hombres se rige por numerosas leyes naturales, entre las que forman un grupo importante, pero no predominante, las leyes naturales de la economía, cualesquiera que ellas sean. De modo que todo intento de solución del problema colectivo a base de los principios económicos es, en sí, un error, sobre el cual se levanta como segundo error el de querer resolver la vida económica con un principio solo. En nuestra opinión, procede evitar estos dos errores: creemos que las cuestiones económicas no pueden resolverse más que a la luz de principios que rebasen la mera economía y, además, creemos que no hay teoría económica que pueda explicar ni prever la vida, siempre original y espontánea.

Para nosotros, la pregunta que hay que hacerse, ante todo cuando de la organización económica del Estado se trata, es: ¿qué va a pasar con la libertad individual? En las páginas anteriores se ha intentado hacer un análisis de los aspectos esenciales de esta libertad, que son, desde luego, de índole espiritual. Ahora bien, la relación entre la libertad individual y las condiciones económicas de la vida es muy íntima. La escuela marxista tiene razón que le sobra en su aspecto crítico, aunque le falte en el constructivo. **Esclavitud económica y libertad individual no son compatibles.**

Pero conviene no exagerar. El peso económico del hombre, es decir, la necesidad en que se encuentra de satisfacer a toda una serie de imposiciones naturales antes de llegar a la frontera de su libertad, es una de las fuerzas permanentes de la vida. Imaginar que el patro-

no carece de peso económico es como creer que una pelota de tenis no obedece a las leyes de la gravedad. Y aún puede añadirse que, por tener el patronato con suma frecuencia más necesidades que satisfacer en cuanto a su consumo individual, y una necesidad muchísimo mayor de capital en cuanto a su producción industrial que sus obreros, lo general es que los hombres pierden en libertad por aumento de su peso económico a medida que se elevan en la escala social y material. Sobre este hecho podrían dar abundantes demostraciones capitalistas y patronos. La libertad es pues, una tendencia que se inserta en un campo de fuerzas sociales que actúan en direcciones convergentes o divergentes, y la más importante de las cuales es precisamente la que hemos llamado peso económico. El anhelo de libertad sin trabas que anima el pecho de todo hombre es, en lo espiritual, remedo del anhelo de volar libre de la gravedad, que es también uno de los sueños humanos. Que el progreso de la técnica, que ha sabido vencer el peso material, llegue un día a triunfar del peso económico es una esperanza humana, pero no más.

Tendremos, pues, que aceptar esta limitación, impuesta a la libertad por nuestra naturaleza. Pero como ya hemos visto, tanto en los intereses superiores y finales del hombre como en los inferiores e instrumentales del Estado, importa reducir esta limitación a su mínimo. Dos caminos llevan a tal fin, uno por el individuo, otro por la colectividad. **El individuo puede reducir su peso económico disminuyendo sus necesidades materiales. Aquí el modelo es Diógenes en su tonel.** Así encontramos por otra vía la misma conclusión a que habíamos llegado: que la libertad no crece precisamente con la riqueza. O, en otras palabras, que la libertad no es ni con mucho un hecho sencillo de la vida, sino el resultado de un equilibrio complejo e imprevisible que sólo puede estimarse por la persona directamente interesada. Por el camino de la colectividad, las trabas económicas que limitan la libertad pueden variar dentro de amplio margen, según el sistema económico y político en que se inserta la vida individual.

Aquí es quizás donde está el centro del problema, porque aquí es donde el marxismo desafía al capitalismo. La evolución de las cosas, mientras tanto, ha ido alejando al mundo del capitalismo puro. La teoría del **dejar hacer** podrá ser tan perfecta como sus adeptos afirman, pero se fue para no volver. **Lo que actualmente nos circunda es una mezcla, resultado de la fermentación del liberalismo económico por fermentos socialistas, técnicos y nacionalistas.** El marxismo, que en estas materias representa al racionalismo y al orden frente a la anarquía y a la intuición, habría conquistado ya

FORO DE NORTE

plenamente el campo de la práctica si no lo defendiesen contra él huestes más temibles que los capitalistas y sus aliados intelectuales. Bien es verdad que en último término guardan el campo las fuerzas militares de las naciones semicapitalistas, semisocialistas; pero estas fuerzas militares se habrán pasado al otro lado si las doctrinas del socialismo hubiesen conquistado los ánimos. Han conquistado a muchos, y el estudio psicológico de esta conquista no dejaría de presentar hondo interés. **Pero el volumen de la opinión occidental permanece impermeable al marxismo, al que sólo se convierten las masas, las más de las veces por interés personal,** es decir, por razones que contradicen al marxismo mismo. Y la experiencia de Rusia es más bien contraproducente.

La raíz de esta oposición contra el marxismo en la opinión occidental está en que **la iniciativa privada es una de las necesidades primarias del hombre, o, en otros términos esenciales para nuestro propósito, que la iniciativa privada en cosas económicas es una de las formas intrínsecas de la libertad** para los fines de esa experiencia individual en que hemos visto el objetivo supremo del hombre y, por lo tanto, del Estado. La importancia, tanto teórica como práctica de este hecho, es primordial, porque desde el punto de vista teórico este principio condena al marxismo como contrario a la justa relación entre el individuo y el Estado y, por tanto, como forma de Estado que el Estado no tiene derecho a adoptar, mientras que, desde el punto de vista práctico, permite la profecía que los experimentos marxistas están de antemano destinados al fracaso, porque se estrellarán contra la roca inmovible de la naturaleza humana.¹

De todo lo cual se deduce que, sean cualesquiera las limitaciones que más adelante haya que aceptar al principio ahora sentado, la economía del Estado moderno tiene que descansar sobre la iniciativa privada. Pero, como nuestra materia prima es materia viva, es seguro que a cada afirmación ha de corresponder una negación, que es su límite o su reverso, porque todo en la vida es flujo y reflujo, y desde luego, una vez establecida la iniciativa privada como el eje de la economía del nuevo Estado, procederemos con ella como los ingenieros con los ejes: sujetándola bien a sus dos extremos para que, sin impedirla girar, no se salga de su equilibrio y descentre toda la maquinaria. **La iniciativa privada, sin límites, es el enemigo más peligroso que tiene el Estado.** Ya más de una vez nos hemos encontrado con esta idea: que el Estado no puede permitir que ninguno de los ciudadanos adquiera demasiado poder. También sabemos que el Estado no puede permanecer indiferente cuando los efectos negativos de la iniciativa privada, es decir,

la acción ilimitada y sin trabas de la necesidad, deja caer hasta la destitución, el vicio y el crimen a los menos afortunados. Aunque este esquema social empírico y un tanto híbrido no satisfaga a los espíritus teóricos que necesitan un ajedrez de principios, se nos antoja que una aplicación elástica y condicionada del principio de iniciativa privada se adapta mejor que las escuelas rígidas, tanto a las exigencias teóricas de la finalidad individual como a las prácticas de la psicología humana.

Todo método indicado para corregir los excesos de la iniciativa privada corregirá también los de la desigualdad. La objeción más importante que contra la desigualdad se hace no es, claro está, que permite la elevación de los capaces, sino que concede a los incapaces una influencia social injustificada cuando nacen en las capas superiores de la sociedad. Los ingleses, en esto como en todas las cosas de la vida colectiva, maestros tan consumados que su ciencia, muy por encima de la de los demás países, no es accesible a éstos, se dan cuenta de que **los hijos de las familias superiores, aun cuando sean "moderadamente inteligentes" (inglés, para decir "tontos de solemnidad"), aportan un elemento positivo a la colectividad, pues constituyen masa, inercia y, por decirlo así, tejido adiposo del cuerpo político en aquellas partes que son repositorio de la tradición.** Recuerdo que, durante mis años de Oxford, discutía un día con un compañero inglés, rector, guardián, presidente, deán, maestro o principal (que todos estos nombres puede tener quien está a la cabeza de un Colegio de Oxford) sobre problemas de la Universidad. Era su Colegio conocido, desde luego, por su excelencia universitaria, pero también por la sangre azul de sus escolares. Y como me atreviese a insinuar que, en vista de la cola de aspirantes que aguardaban todos los años a que hubiera vacante en el Colegio, podía, sin temor y con ventaja de la enseñanza, elevarse el nivel exigido para el ingreso, me vi cortés y muy justamente corregido con la observación que, **puesto que los hijos de condes y marqueses formarían de todos modos parte de la clase gobernante, bueno era que pasasen tres años en el colegio para adquirir en él, al menos, cierta educación subconsciente.** Sería excesivo esperar que tales obras maestras de sabiduría política se apreciaran fuera de las fronteras británicas por quienes no sean especialistas de la vida inglesa, y, por lo tanto, es prudente que en todo esquema social se prevea un medio de renovar rápidamente las capas altas de la sociedad a medida que sus ocupantes van siendo incapaces de mantenerse en ellas por su propio esfuerzo.

Pero las limitaciones de la iniciativa privada no se aplican sólo a la potencia económica que tal o cual ciu-

FORO DE NORTE

dadano pueda llegar a acumular mediante el manejo de los medios de producción y crédito. **La posesión material de estos medios de producción es hoy, quizá, menos importante de lo que los autores socialistas sostienen.** Si las empresas son de gran envergadura, se encuentran, en la mayoría de los casos, "flotando" sobre una masa considerable de propietarios, que son sus accionistas y obligacionistas; si pequeñas, serán por lo común, propiedad de una sola persona. Pero en ambos casos, lo que importa no es tanto la propiedad legal de la industria como la autoridad para regirla, que puede ir o no ir adscrita a tal propiedad. Ahora bien, esta autoridad va diluyéndose rápidamente a medida que aumenta la complejidad de la economía. Buena parte de ella ha pasado a los Bancos, no poca a las asociaciones industriales o "cartels" de la industria respectiva, que tienden a reducir al fabricante individual a un mero papel de agente local de su "cartel"; y, desde luego, parte también ha pasado de hecho, si no de derecho, al sindicato obrero. Todo este proceso se va produciendo a ciegas, porque no hay agencia central que lo dirija de modo consciente e inteligente.

El Estado moderno no puede dejar que su economía y su hacienda vayan así dando tumbos por la cuenta abajo de la vida. **Economía y hacienda no son cosas de mera opinión, sino que exigen administración cuidadosa, basada en información exacta de los hechos y conocimiento técnico de las leyes que los rigen.** Así la cantidad de moneda disponible, su precio, el equilibrio de la producción, ya interno o entre sus diversas ramas, ya externo o con el consumo, la corrección de las desviaciones que la economía natural del país experimente bajo la presión del capitalismo o del obrerismo sobre la política, las relaciones entre el comercio y la industria, la industria y la agricultura, el estudio de la distribución óptima de la renta total nacional entre dividendos, salarios, sueldos, impuestos y beneficios sociales; todas estas cuestiones que hoy sirven de huesos para que los perros políticos armen peleas callejeras, tienen que volver al ambiente a que pertenecen, al estudio tranquilo y desapasionado de hombres desinteresados y competentes. Esta es la verdadera libertad, y no la mal llamada libertad que paraliza la vida nacional. **Es, pues, necesario coordinar la iniciativa privada dentro de un conjunto de economía nacional, que a su vez, en un porvenir quizá no muy lejano, pueda coordinarse en un conjunto de economía universal.**

¹ Se observará que la iniciativa privada satisface a las dos condiciones de la libertad individual: que se conceda a aquel que sienta su necesidad y que no se inflija a aquel para quien sería la libertad un fardo intolerable: es una libertad que se administra a sí misma.

Tomado de: **Anarquía o Jerarquía.** Aguilar, 1936.

DOS POEMAS DE RAMON DE CAMPOAMOR

DOS GRANDES GRANDEZAS

Uno altivo, otro sin ley,
así dos hablando están:
—Yo soy Alejandro el rey.
—Y yo Diógenes el can.
—Vengo a hacerte más honrada
tu vida de caracol.
—¿Qué quieres de mí?— Yo, nada;
que no me quites el sol.
—Mi poder... —Es asombroso;
pero a mí nada me asombra.
—Yo puedo hacerte dichoso.
—Lo sé, no haciéndome sombra.
—Tendrás riquezas sin tasa,
un palacio y un dosel.
—¿Y para qué quiero casa
más grande que este tonel?
—Mantos reales gastarás
de oro y seda. —¡Nada, nada!
¿No ves que me abriga más
esta capa remendada?
—Ricos manjares devoro.
—Yo con pan duro me allano.
—Bebo el chipre en copas de oro.
—Yo bebo el agua en la mano.
—¡Mandaré cuanto tú mandes!
—¡Vanidad de cosas vanas!

¿Y a unas miserias tan grandes
les llamáis dichas humanas?

—Mi poder a cuantos gimen
va con gloria a socorrer.

—¡La gloria!, capa del crimen;
crimen sin capa, ¡el poder!

—Toda la tierra, iracundo,
tengo postrada ante mí.

—¿Y eres el dueño del mundo
no siendo dueño de tí?

—Yo sé que, del orbe dueño,
seré del mundo el dichoso.

—Yo sé que tu último sueño
será tu primer reposo.

—Yo impongo a mi arbitrio leyes.

—¿Tanto de injusto blasonas?

—Llevo vencidos cien reyes.

—¡Buen bandido de coronas!

—Vivir podré aborrecido,
mas no moriré olvidado.

—Viviré desconocido,
mas nunca moriré odiado.

—¡Adiós! pues romper no puedo
de tu cinismo el crisol.

—¡Adiós! ¡cuán dichoso quedo,
pues no me quitas el sol!

Y al partir con mutuo agravio,
uno altivo, otro implacable:

—¡Miserable! —dice el sabio;
y el rey dice: —¡Miserable!

QUIEN SUPIERA ESCRIBIR

—¡Señor Rector, señor Rector!, en vano
me queréis complacer,
si no encarnan los signos de la mano
todo el ser de mi ser.
Escribidle, por Dios, que el alma mía
ya en mí no quiere estar;
que la pena no me ahoga cada día...
porque puedo llorar.
Que en mis labios, las rosas de su aliento
no se saben abrir;

que olvidan de la risa el movimiento
a fuerza de sentir.

Que mis ojos, que él tiene por tan bellos,
cargados con mi afán,
como no tienen quien se mire en ellos,
cerrados siempre están.

Que es, de cuantos tormentos he sufrido,
la ausencia el más atroz;
que es un perpetuo sueño de mi oído
el eco de su voz...

Que, siendo por su causa, el alma mía
¡goza tanto en sufrir!

Dios mío, ¡cuántas cosas le diría
si supiera escribir!

HISPANOAMERICA E IBEROAMERICA

INTRODUCCION

El Doctor Carlos Pereyra, mexicano, de oriundez hispánica y galaica, es una de las figuras de más alto nivel cultural y de mayor prestigio entre la brillante intelectualidad hispano-americana. Hay cuatro nombres señeros, cada cual por su estilo, entre las juventudes que alborean a la vida política y espiritual de aquellos pueblos hermanos: Pereyra, Lugones, Vasconcellos y Blanco Fombona. El primero y el último parejos en reciedumbre de carácter. Ambos dejaron la tierra nativa para no tolerar lo que entienden ser ignominia y ambos trabajan ahincadamente para revelarnos el contenido histórico de la gesta colonizadora. Juntos colaboraron en la "Editorial América" que ha producido la más excelente de las colecciones publicadas en España.

Carlos Pereyra es un formidable escritor de vasta cultura; antiguo profesor de Sociología en la Universidad Nacional de México y miembro del Tribunal permanente de arbitraje de La Haya, conoce hondamente los problemas internacionales americanos. Vigía de su bravo pueblo, ha visto con claridad meridiana la honda gravedad del problema de sus relaciones con Norteamérica. E hizo algo más que esto: lanzó el grito de alarma, con valentía ejemplar, avisando al propio tiempo a los pueblos frateros de Hispano-América. El tiempo ha venido a confirmar sus temores. Las manifestaciones populares de Buenos Aires, de Bogotá y de Santiago de Chile son la respuesta, ante la intervención yankee en Nicaragua, a los pronósticos de Carlos Pereyra.

"El Mito de Monroe" debiera ser la Biblia de los que gobiernan en Hispano-América. Es un libro áureo brochado con dos dedicatorias: una a Bolívar que intentó la Anfictionia de los pueblos hispano-americanos y con maravillosa videncia quiso ubicarla en Panamá, cuello vital de las tierras hermanas, y otra a Sáenz Peña, preclaro repúblico argentino y el único estadista que en momentos angustiosos para España, "en ocasión solemne y con palabras llenas de valiente indignación, denunció la doctrina de Mac Kinley, epílogo de la de Monroe y de la Polk; tres doctrinas en una, tres actos que consagran una sola usurpación: la intervención de los Estados Unidos en los destinos y en la vida de los pueblos americanos". Hay un capítulo, triste capítulo, titulado "Panamá", que nos explica "el singular alumbramiento en que vino al mundo una república de la interesante comunidad hispano-americana" y nos aclara las causas de muchas de las revoluciones que han hecho célebre este estado patológico-político en ciertos pueblos de allende el Atlántico.

No nos extrañarán las páginas de "El crimen de Woo-

Carlos Pereyra

drow Wilson", de "Bolívar y Washington, un paralelo imposible" o de "La Constitución de los Estados Unidos como instrumento de dominación plutocrática" si tenemos en cuenta que Pereyra, como mexicano es nacionalista y como historiador no puede olvidar que grandes girones de la tierra madre: California, Texas, Nuevo México, Colorado, quedaron entre las garras del coloso del Norte. El poder del dólar no alcanza a doblegar hombres del temperamento de Carlos Pereyra. Estos —como el acero bien forjado— se quiebran, pero no se tuercen. Por fortuna los Chamorros y los Buneau-Varilla tienden a desaparecer, como las tinieblas ante la luz. Son ratas de albañal.

Pero no sólo se destaca el Dr. Carlos Pereyra en estos libros polémicos, a los cuales le lleva el ardor compativo de su espíritu de patriota. Ha sabido también plasmar, en páginas admirables, caracteres de tanta dulzura y nobleza como el del Mariscal de Ayacucho: "Sucre es el copo de nieve sobre la charca de sangre. Guerrero místico de la libertad le atormentan las nostalgias poéticas de un Caballero del Cisne. Quiere colgar su espada vencedora en la rama de un sauce y realizar el ensuelo casto del amor legítimo. Sus héroes ideales son San Luis y Bayardo".

Ha popularizado con su "Humboldt en América" la figura del gran polígrafo a cuya labor honrada debe tanto la vindicación de nuestro pasado colonial. "Humboldt es el viajero por excelencia, el viajero clásico de la era de los filósofos griegos; un viajero que si bien realiza adelantos colosales en los campos de diversas ciencias, nada dice inoportunamente de esa labor solitaria, y deja por todas partes el recuerdo humano, dulce y querido de un huésped amable".

"Hernán Cortés y la epopeya del Anáhuac", "Francisco Pizarro y el tesoro de Atahualpa" son dos hermosos volúmenes que no debieran faltar en las pequeñas bibliotecas de nuestros escolares. La veracidad de su contenido, la viveza y la extraordinaria fuerza descriptiva de su narración hacen estos libros gratos y amables para quienes sientan el placer de evocar las glorias de los tiempos pretéritos.

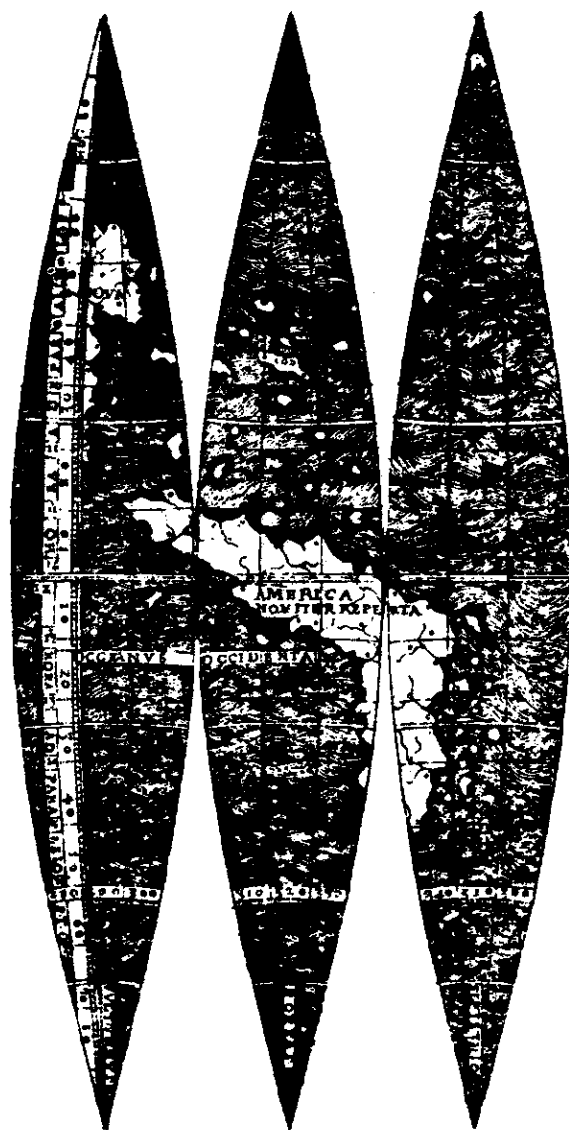
Culmina la abundante producción del Prof. Pereyra en la "Historia de América Española", libro ingente del que van publicados ocho volúmenes. Es obra personalísima, de erudición y de crítica a la vez. Sin desconocer los juicios ajenos, por todas partes aparece el pensamiento propio, revelando con ello sus magníficas condiciones de historiador.

Cuando le visitamos los profesores y alumnos de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Compostelana, se hallaba el preclaro Maestro en uno de los

FORO DE NORTE

salones recónditos de la Biblioteca Nacional. Extraía de los vetustos legajos la sustancia histórica con que nutre sus admirables trabajos. Allí nos ofreció el precioso opúsculo, original e inédito, con que inauguramos la serie de nuestras publicaciones. En él hallará el curioso lector noticias que le ilustren acerca de la propiedad de los términos ibero-americano e hispano-americano, empleados como sinónimos por la mayoría de los escritores. Pereyra, con un amplio espíritu sintético y con certeza visión de la realidad histórica, vindica la precisión del adjetivo hispánico como comprensivo de los pueblos peninsulares y entiende —sin intolerancia— que es el que corresponde a las nuevas nacionalidades americanas de estirpe portuguesa y española.

C. Pérez Bustamante.



Prestigiado por los nombres de Doña Blanca de los Ríos de Lampérez, D. Adolfo Bonilla y San Martín, D. Juan C. Cebrán y el profesor de Nuevo Mexico, Espinosa, corre un folleto de propaganda, elegantemente impreso en Madrid, cuyo título contiene una afirmación y dos negaciones: "Nuestra raza es española (ni latina ni iberá)".

La ocasión del folleto, según se ve en la portada, fue el cambio oficialmente impuesto al nombre de la Exposición de Sevilla, que siendo Hispanoamericana, se ha convertido en Iberoamericana, con lo que, en opinión de los autores, "se borró el apellido secular, épico, glorioso, hispano, y se cometió inconscientemente el crimen de lesa patria..."

Yo también he cometido ese crimen, pues titulé una **Biblioteca Histórica** con el nombre de **Iberoamericana**, y lo hice por la misma razón, que me toca explicar, como acusado. En el caso de la Exposición de Sevilla, parece que Portugal y el Brasil exigieron el cambio, por considerarse excluidos dentro de la denominación de Hispanoamericana.

¿Es exacto, como lo pretenden Portugal y el Brasil, que la Península, y por lo mismo la civilización que de ella emana, no debe llamarse española sino ibérica? ¿O son los autores del folleto quienes aciertan afirmando que la voz ibero "es anticuada y sin sentido, fuera del que le dan los arqueólogos internacionales?"

Incuestionablemente, el vocablo **España**, en singular y en plural, puede aplicarse, se ha aplicado y se aplica a toda la península. Para los romanos Hispania era lo mismo la parte lusitana que las otras. Pero la palabra Iberia había tenido igual extensión, que ha conservado y que conserva, aunque en un principio sólo se refería a la parte oriental.

Si la cuestión fuera de anticuarios, no tendría fin la polémica, pues cada cual seguiría sosteniendo sus posiciones, con el mismo derecho. Pero es una cuestión de voluntad, que se resuelve por actos. Las palabras cambian de sentido, siempre que los pueblos así lo quieren. Otras mueren, y hay muchas que renacen, porque una necesidad ingente las llama a nueva vida.

Cuando las palabras se relacionan con acontecimientos políticos, es inútil rechazar las consecuencias de los hechos consumados. Dice Antonio Sergio en su **Bosquejo histórico** de Portugal, que ni Aljubarrota ni la mayor dosis de cosmopolitismo que individualizó a los portugueses en la Península Ibérica, destruyeron la unidad intelectual en España. Y hace esta observación que debemos retener: "Interpretaríamos mal nuestra política y nuestra cultura, si olvidásemos que hasta la segunda mitad del siglo XVII, españoles portugueses y españoles castellanos, presentan dos selecciones que viven intelectualmen-

te en una misma civilización. Ese olvido ha sido causa de muchas injusticias y de muchos errores... Desde entonces (1640), Castilla adoptó el nombre de España... y Portugal, a pesar de su genio cosmopolita, más plástico también se aparta del espíritu europeo, al mismo tiempo que se desespañoliza”.

* * *

¿No era natural que desespañolizándose, Portugal dejara de querer un nombre anfibológico? España era toda la Península; pero era también un reino del que Portugal se había hecho independiente. Este movimiento ejerce una acción popular innegable.

Cuando desaparecieron las rencillas, y vinieron generaciones capaces de comprensión, así en Portugal como en España, la palabra de unión fue el iberismo.

Antes que a la fraternidad, los pueblos peninsulares debían volver simplemente a la amistad.

**Permite, ¡oh, Portugal! que un pueblo amigo,
ante la humilde tumba de Herculano,
mostrándote su amor, lllore contigo,**

cantaba Núñez de Arce en una elegía que estremeció a los portugueses y conmovió a los españoles.

Nunca faltó en Portugal quien, como García de Resende y Camoens, llamara españoles a los portugueses, siendo Almeida Garret uno de los que ahí hablaban. Pero a la vez, por una correspondencia que demuestra delicadeza de sensibilidad y elevación de espíritu, muchos españoles apelaban a la fórmula del iberismo. Don Juan Valera, cuyas palabras he citado aquí, se felicitaba de que hubiese en la península tres lenguas literarias, habladas por tres familias ibéricas, con lo que no sólo se emplea una designación geográfica para toda la península, sino que se nulifica a todos los pobladores. Si fuera yo a recordar autoridades, no acabaría, Herrera, el poeta sevillano del Renacimiento, menciona “de los iberos ínclitos la gloria”. Y esos iberos no son los antiguos, sino los españoles de su tiempo. Jovellanos habla del sitio

**do un día se acogiera
del árabe acosado el pueblo ibero.**

Jovellanos sabía perfectamente bien cuántas razas se habían mezclado, —celtas, iberos, cartagineses, griegos, romanos, godos, suevos, vándalos, alanos—, en el pueblo ideal que él llamaba los iberos.

Pero si se objetara que solamente hablan de tal modo los poetas, y eso como lo hace Lista recordando edades remotas, —nada menos que

**el alcázar de Edetania firme,
ejemplo al mundo de constancia ibera—,**

podría responderse que todavía hoy, no ya en verso, sino en obras de crítica, el adjetivo ibérico sale de la pluma, tratando de España. Así es como Menéndez Pidal, en su estudio sobre los caracteres primordiales de la literatura española, otra vez citado, afirma que se “yergue en el alma ibera un preponderante desdén hacia ese mundo quimérico, manifestado en la frecuencia con que se produce el fenómeno de eliminación de los elementos maravillosos ya existentes”. Y todavía insiste: “Cervantes somete a la realista contemplación ibérica el mundo de las aventuras caballerescas”.

No se puede dar escritor más frío, más objetivador ni más opuesto a la retórica que Menéndez Pidal. Su ejemplo es decisivo sobre la propiedad moderna del término aplicado a los habitantes de la península.

* * *

En su acepción geográfica, lo emplean hasta quienes lo rechazan. Don Adolfo Bonilla y San Martín afirma que ibero es un vocablo cuya significación histórica no está bien determinada, y que Iberia sería la parte habitada por los iberos al oriente de España y al norte de la cadena pirenaica. Pero al aseverar esto, el Sr. Bonilla y San Martín olvida que él mismo acaba de llamar Ibérica a toda la Península en una de las dos páginas anteriores, —la 39 del folleto—, donde se lee que “España y Portugal son dos naciones independientes, cuyo conjunto constituye la Península Ibérica”.

También el Sr. Cebrián emplea la denominación Ibérica aplicada a la Península. El folleto reproduce una carta suya dirigida a **Las Novedades**, de Nueva York, con fecha del 2 de marzo de 1916, que contiene esta interesante declaración: “Además de las diez y ocho repúblicas, tenemos el Brasil, creado por Portugal... Pero hay que notar que ese país es también hispano, porque **Hispania**, como **Iberia**, comprendía Portugal y España, nada más”.

El folleto cita a D. Marcelino Menéndez Pelayo, quien hace uso de estas palabras: “Almeida Garrett, en las notas de su poema **Camoens**, afirmó que españoles somos y que de españoles nos debemos preciar todos los que habitamos la Península Ibérica”.

FORO DE NORTE

Los documentos invocados tienen dos filos. Si son españoles todos los habitantes de la Península, todos son iberos. Los signatarios del folleto se apoyan en una notable carta de D. Ramón Menéndez Pidal dirigida a *El Sol*, el día 4 de enero de 1918, para protestar, muy atinadamente, contra la expresión impropia de latinoamericana, con que fue designada una sección de aquel periódico. Pero la cita está cortada en la parte que interesa de un modo más especial para el caso.

Don Ramón Menéndez Pidal no procede por vía de imposición. Su actitud, muy razonable, ofrece una elección entre dos denominaciones. Desde luego no acepta que haya una América Latina, sino una acción individual y propia del pueblo español y del portugués, como la hay sin duda del francés y puede haberla del italiano. Así el Canadá no se divide en Canadá latino y Canadá sajón, sino en Canadá francés y en Canadá inglés. Las nuevas naciones americanas no recibieron cultura de Roma, sino indirectamente, por pueblos romanizados muchos siglos antes, con acentuada personalidad y con idioma que no era el latín. El expresidente boliviano Belzú, aplicando el buen sentido sanchopancesco, se negó a favorecer una Alianza entre los pueblos de la Raza Latina, contestando al que le invitaba: "Bolivia, señor, no puede meterse en eso, porque el único que allí sabe latín es el Dr. Loza".

Don Ramón Menéndez Pidal propone uno de dos nombres: Hispanoamérica o Iberoamérica. Y dice que "el nombre de España tuvo siempre el sentido amplio del latín Hispania, desde que en la Crónica de España, de Alfonso el Sabio, se incluyó la historia de Portugal, hasta hoy. Así se usa entre nosotros el nombre de Península Española al lado del de Península Ibérica, y reconociendo la misma extensión del nombre, los franceses dicen también **Péninsule Hispanique**... Claro que el adjetivo español tiene también un sentido restringido, opuesto al portugués, pero el que quiera huir de la posible ambigüedad de ese adjetivo, puede adoptar las formas hispánico o hispano, que por ser eruditas o latinas, indican mejor que se toman en sentido lato, para calificar a todo lo que procede de la Hispania en su conjunto, tal como únicamente la concebían los romanos. América Hispana me parece irreprochable, y tiene, además, la ventaja de corresponderse con el sustantivo compuesto Hispanoamérica, que tanto usan los americanos... En fin, el que no guste de estos nombres, todavía tiene a su disposición el de América Ibero, con el tan usual adjetivo iberoamericano".

Los autores del folleto recuerdan la intervención de Don Mariano de Cavia, y dicen que la carta de este académico está de acuerdo con la de Menéndez Pidal. Cavia,

fundándose en un artículo de Rodó, titulado Iberoamérica, acabó de llevar el convencimiento al periódico, que desde ese día cambió por el de Iberoamericana el nombre de su sección Latinoamericana. Rodó concluía: "No necesitamos llamarnos latinoamericanos: podemos llamarnos iberoamericanos; y aun podríamos ir más allá, y decir que el nombre de Hispanoamérica comprende también a los nativos del Brasil..."

* * *

Debe, pues, distinguirse entre la propiedad de los términos y la voluntad de emplearlos. En el terreno de la exactitud, como dicen Rodó, Menéndez Pidal y Cavia, da lo mismo ibérico que hispánico, pero si en el de la libre determinación, portugueses y brasileños se sienten deprimidos, ¿qué perderán los que cedan en interés de la concordia? Lejos de perder, ganarán, pues la persuasión llega más fácilmente cuando se empieza por no pretender imposiciones.

He citado la elegía de Núñez de Arce. Es una obra de arte, y además, un modelo de fineza y de diplomacia cordial. Afirma la unidad geográfica. Llama España a toda la Península. Hace a sus habitantes hermanos por el mar, el río, el llano y la montaña. Llega hasta querer una patria, una ley y una bandera. Pero no olvida que los portugueses pretenden reservar su nombre, y el poeta da el sentido de restricción a los términos:

Hermanos son el español y el luso.

Tomado de: Publicaciones de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Santiago de Galicia, 1927.

ANTONIO CALDERON Y LA FUNDACION MEXICANA

Francisco de la Maza

Erase un joven bachiller en Derecho que, "sobrè ser muy galán, de muy linda cara y muy rico, fue constante opinión que se conservó virgen; desde muy niño fue sumamente virtuoso y así fió de él Dios la fundación de la Unión ilustrísima de San Felipe Neri, pues fue el primer motor de los 33 sacerdotes que la fundaron", como dice el diarista Robles.¹ Este galán se llamó Antonio Calderón Benavides.

Fue, además, inteligente y emprendedor y uno de los buenos impresores de la Nueva España.

Con su linda cara proseguía la tradicional estirpe del fundador del Oratorio, como se ha contado y, como no vivió en Roma, no tuvo tentaciones o, cuando menos, no fue tan solicitado como Neri. Lo de rico es exageración y lo de virgen un milagro frecuente en los siglos del católico Barroco, aunque tampoco era cosa de todos los días.

Fue hijo del impresor Bernardo Calderón, español oriundo de Alcalá de Henares, y de Paula Benavides, sevillana. La imprenta Calderón estuvo situada en la calle de Santo Domingo (hoy Brasil) y se había establecido en 1631.

Antonio nació en 1630, pasando su niñez entre prensas y tórculos, cajas de letras y rollos de papel, hasta que un día dramático, cuando tenía 13 años, murió su padre. El adolescente tuvo que hacer frente a la dirección de la imprenta, que se llamó, de 1645 en adelante, "de la viuda de Bernardo Calderón".

"Nunca dio su nombre a la imprenta —dice García Icazbalceta— sino que conservó el de la viuda y sólo en pocas ediciones aparece el suyo en segundo lugar, como el de un regente. Tanto fue el crédito que el joven adquirió en breve y tan notorias sus prendas, que cuando apenas contaba diez y nueve años, fue preferido a los demás tipógrafos de México para el encargo y título de Impresor del Santo Oficio, título que, como puede considerarse, no se daba sino a persona de quien tuviera cabal satisfacción aquel alto y severo tribunal".²

Este muchacho impresor asistía también a la Universidad, donde llegó a obtener el grado de Bachiller en Leyes. A los 25 años decidió tomar la consagración sacerdotal, en 1655. Ocupó los cargos de consiliario, en la Universidad, e incluso llegó a ser catedrático de ella. Fue cura de la parroquia de Santa Catarina y capellán del Hospital de Jesús, cuya iglesia terminó.

Resulta que este templo había quedado, desde 1605, inacabado, con sólo el presbiterio y la bóveda del crucero. Calderón Benavides no aguantó la desidia de los herederos de Hernán Cortés y con limosnas y heredades, logró concluirlo. El diarista Robles, siempre atento

a los sucesos de la ciudad, escribió el 11 de octubre de 1665: "Se dedicó la iglesia nueva del Hospital de la Concepción, llamado de Jesús Nazareno, que habiendo estado parada la obra setenta años (léase sesenta) se acabó a este tiempo a solicitud del Bachiller Antonio Calderón, presbítero muy ejemplar, y del oidor Juan Miguel de Sotomayor. Hizo la función la congregación de San Pedro, cuyo abad, el Dr. Cristóbal Millán de Poblete, trajo en procesión la tarde antes el Santísimo Sacramento, desde la iglesia vieja, y cantó la misa; predicó el Dr. Isidro Sariñana, cura de la Santa Veracruz, asistieron los virreyes, algunos oidores y todas las religiones".³ Es preciso aclarar que, esta terminación de la iglesia de Jesús no fue de bóvedas como las que Alonso Pérez de Castañeda había hecho en 1605 en el presbiterio y crucero, sino "de tijera" o artesonado de madera. Fue hasta 1684-1688 que se hicieron las bóvedas de la nave, como hoy subsiste. El padre Diego Calderón Benavides, hermano de Antonio, poco después, hizo el retablo mayor.

En su retrato, conservado en la pinacoteca de La Profesa, dice:

"Verdadero retrato de Don Antonio de Calderón Benavides, Capellán Mayor del Hospital de Ntra. Sra. de la Concepción, del Marqués del Valle; Consultor del Tribunal de la Santa Cruzada; Comisario de Corte del Santo Oficio de la Inquisición por la Suprema; Bachiller en Filosofía, Cánones y Leyes; varón de singulares virtudes; insigne en la pureza; primera piedra y fundamento para la fundación de esta Congregación. Murió el 12 de julio de 1668 años y 38 y un mes de su edad". Montes de Oca, fecit.⁴ Fue enterrado en la capilla del Tercer Orden de San Francisco, que desapareció, indebidamente, con las demás del atrio, en la época de la Reforma. Tal vez desde entonces desaparecieron sus restos. En el siglo XVIII, no se sabe por qué, exhumaron su cuerpo, "hallándose estar incorrupto e intacto, no queriendo Dios —dice piamente Gutiérrez Dávila— que hubiese visto la corrupción aquel difunto cuerpo que no la vio estando vivo, que por ventura fue su incorrupción testimonio de su virginal pureza".

Del pintor Mateo Montes de Oca dice Toussaint: "Mediocre pintor que desde 1731 aparece como maestro examinado, pues, que, ese año, intervino en el avalúo de las pinturas que habían sido de Matías de Castro, difunto. En la capilla de Nonoalco existía un Santiago el Mayor, de su mano, bastante defectuoso y en las colecciones de la Profesa los retratos de don Pedro de Arellano y Sosa y de don Bernardo de Guzmán".⁵

FORO DE NORTE

Si Montes de Oca fue un pintor del siglo XVIII, no conoció a Calderón Benavides; tuvo que inventar el retrato del fundador del Oratorio, tal vez dirigido por algún anciano padre. No está fechado el óleo, pero si retrató a Arellano, que murió en 1719 y a Guzmán, en 1723, quiere decir que por esas fechas hizo el retrato del padre Calderón Benavides.

Se adivina la famosa belleza de Calderón en ese cuadro que es el mejor de Montes de Oca. El rostro es limpio y fino; los ojos inteligentes y vivos; la estatura alta y proporcionada. Algo hay en ese rostro del Obispo Palafox, conocido también por su hermosura varonil. Parece tener la cruz de Santiago, tanto en la venera como en el lado izquierdo del manteo, cosa inverosímil, pues no fue caballero de la antaño ilustre Orden. Tal vez sea posterior a un error del pintor que los felipenses consintieron en dejar.

Los felipenses concertaron con varios pintores la hechura de los retratos de sus fundadores, prepósitos y personajes ilustres: Carlos Clemente López pintó tres; el excelente fray Miguel de Herrera, dos; otro buen pintor, Antonio de Torres, pintó uno; José Alcíbar, dos; Mariano Sánchez, uno; Baltasar Sánchez, uno; Pedro Calvo (en 1834) el del famoso felipense y canónigo Montegudo; José Mendoza y Moctezuma, hizo tres.

¹ Antonio de Robles. **Diario de sucesos notables.**

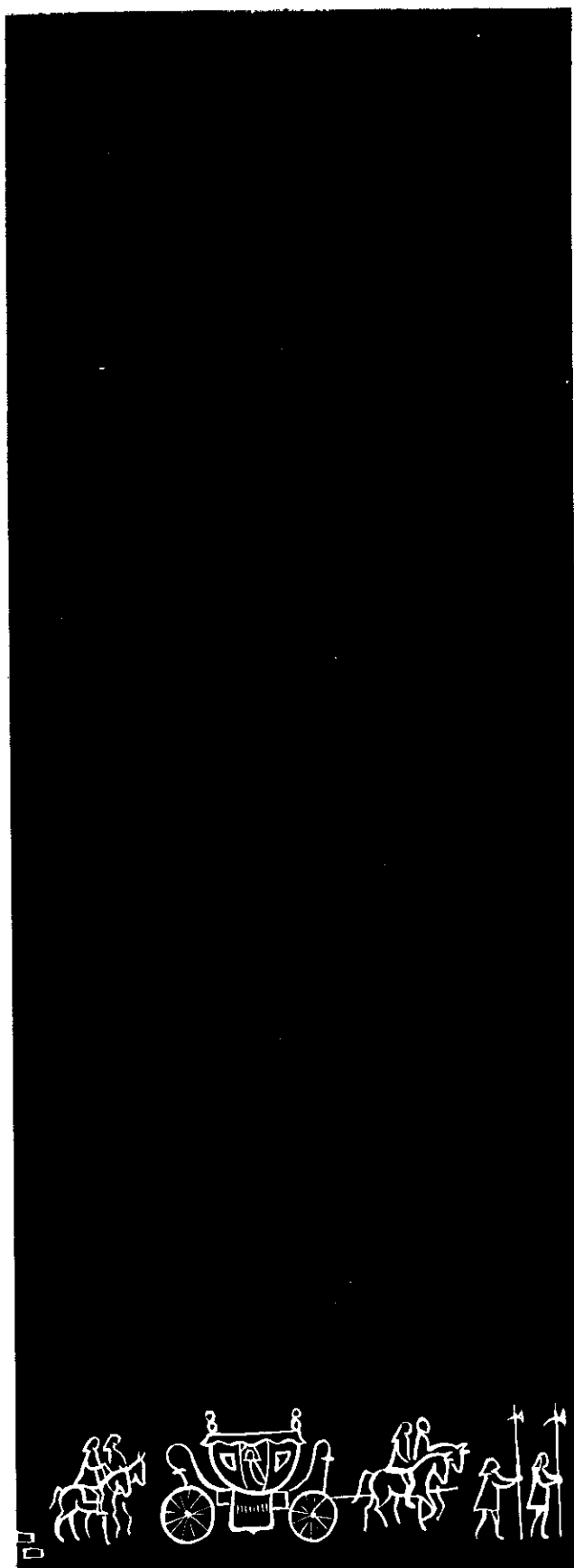
² Apud, **La Imprenta en la Nueva España**, por Juan Iguñiz. Enciplopedia ilustrada mexicana. Porrúa, Hnos., 1938. p. 24.

³ Op. cit., tomo I, pp. 12-13.

⁴ **Iconografía** (de los padres felipenses) por Luis Avila Blancas, C.O. Puebla, 1955, pp. 45 y 59.

⁵ Manuel Toussaint, **Pintura Colonial en México**, I.I.E. Imprenta Universitaria, 1965, p. 154.

Tomado de: **Los Templos de San Felipe Neri de la Ciudad de México, con historias que parecen cuentos.**



HERNAN CORTES

AD LIMINA

En el caos aparente en el que viven las familias ignoradas, sin ritmo y armonía perfectos, sin tradiciones remotas, sin futuros esplendores, en ese caos, se gesta siempre un genio, como si el pasar por la vida con todos sus calvarios, fuese una compensación.

Semeja entonces el pueblo esa formación de olas, que multiplicadas hasta el infinito en el mar, se reúnen en un solo punto, crucial, y crean la masa gigantesca que todo lo arrasa. España representa en el siglo XVI esa ola que va a invadir el mundo. Unida en un solo haz de voluntades, España se derrama. Griegos que se establecieron en Cádiz, Fenicios que llegaron a las playas de Sagunto, Celtas e Iberos que fincaron su vida inquieta y salvaje en el norte. Después, la cultura de la Gran Grecia que se infiltró momento a momento en la vida de esos pueblos unificándolos en la lengua y la religión. La decadencia de Roma sobreviene fatal y nuevas gentes que hablan en bárbaro cruzan los Pireneos y fundan el Gran Imperio Visigodo. Y después el desastre; Tarif Abenzeyt cruza el Estrecho y fuera traición de Don Rodrigo y del Obispo Don Oppas, o fatalidad para los Visigodos, de todas maneras la media luna señorea España; como reacción natural surge la Reconquista.

Pasan los siglos y los finales del XV ven con asombro la toma de Granada realizada brillantemente por Fernando e Isabel, los Católicos monarcas de Aragón y Castilla, pero las ocho centurias anteriores de lucha incesante y diaria, de cotidianos encuentros entre los moros y los cristianos, y estos últimos enzarzados en lucha de banderías van formando misteriosamente las características del soldado español que en el Siglo XVI va a surgir con espanto y asombro del mundo. Gonzalo Fernández de Córdoba, Primer Duque de Sessa, el Duque de Alba, segundo en su título, Francisco Pizarro, Marqués de la Conquista, Diego de Almagro, Pedro de Alvarado, Alonso de Ojeda, y finalmente, el más insigne de todos porque supo conquistar, que es grande, y conservar, que es mejor, el más bello imperio que soñaran ojos humanos; Hernán Cortés, futuro Marqués del Valle de Oaxaca.

Ochocientos años vinieron uniéndose las familias entre sí, recogiendo atavismos y herencias. Pequeñas ambiciones en lo primordial que juntas formarán después el impulso incontenible; pequeños defectos que se resolverán en el tiempo en forma de grandes crímenes; pequeñas cualidades que juntas integrarán la santidad. Todo pequeño antes, para salvar el espacio y concretar en un momento definitivo lo que acumularon los siglos, en un solo hombre y en una sola idea.

Leopoldo Martínez de Cosío

Es esta gestación la venganza de los ignorados, haciendo salir a la luz al genio que por serlo, se equipara con los privilegiados de antaño y los honra uniendo su sangre a la de ellos; que después los supera porque inyecta nuevos bríos a las razas y a las familias cansadas y las hace vivir en derroche de vitalidad y fuerza.

Enmohecidas y afeminadas las stirpes y las familias, cobran nueva esperanza de sobrevivirse a través del pueblo que les da lo mejor de su gestación. La selección que impone la vida se traduce en espléndido ejemplar humano y devuelve, con creces, la aportación silenciosa y esotérica que los tiempos pasados crearon en él. Veces hay que las herencias de vigor, de mando y de imperio, se manifiestan como repetición. Un lejano antepasado tuvo esas cualidades y su descendencia oscurecida las olvidó. Entonces, los gestos son parecidos y similares las actitudes. El apellido olvidado surge con nuevo esplendor como si las lágrimas ocultas de tanto desconocido fueran el motivo para hacer brillar, con luz renovada, las hazañas de los días lejanos.

El mantener un prestigio cuesta menos que crearlo, porque la creación es sólo obra divina, y el genio que crea, lo mismo en las letras, que en la ciencia o en las armas, tiene esa chispa, ese fuego robado al cielo por el que ataran en las rocas a Prometeo "con diamantinos lazos". Educados los que tienen que sostener un prestigio heredado, con leyes rigurosas, bajo herencias fatales y en medios inmutables, no hacen sino reflejar una luz ajena, y eso lo hacen sin libertad. Pero los emancipados de esas trabas, los que buscan la estrella más lejana para hacerla suya, para fundirse en su lumbré y consumirse en ella, esos son los libres. No tienen más muros en su camino que su propia, indomable voluntad, y los elementos aciagos, y ambos se pueden domar. Si perecen en la empresa ardua, cumplen siempre con el supremo mandato de la humanidad que consiste en luchar. Luchar por ellos mismos, por un ideal, por la vida, pero luchar. Si triunfan, entonces para ellos son todos los honores y todos los premios.

Entre tantos hombres que perdieron su vida en la lucha, y a quienes los siglos han ignorado, Cortés luchó y venció. Fue premiado, y al serlo, renovó lauros que por generaciones habían permanecido yertos, pero también creó los suyos propios y los transmitió esplendorosos en el porvenir.

Generales:

I.—Lo Iberoamericano representa la suma de los valores históricos, geográficos y culturales que integran el patrimonio de los pueblos y de los individuos de habla castellana y portuguesa.

II.—En cualquier parte del mundo en que haya un hombre, o la expresión de los valores ancestrales o contemporáneos de los pueblos Iberoamericanos, la Fraternidad cuidará de proteger y vigorizar esas manifestaciones.

III.—Lo Iberoamericano es el resultado del mestizaje entre lo autóctono y lo ibérico.

IV.—Lo Iberoamericano representa una actitud frente a la vida, cuya raíz es la cultura cristiana.

V.—Lo Iberoamericano representa también una postura de solidaridad permanente entre los pueblos y los individuos de Iberoamérica, para preservar sus propias formas culturales.

VI.—A fin de mantener y avivar sus tradiciones, el hombre de Iberoamérica usará de los recursos que le proporciona su propia cultura y de los que dan sus antecedentes históricos, sin que ello signifique ni agresión ni desdén frente a otras formas culturales correspondientes a los distintos fenómenos de la convivencia humana.

VII.—Los valores más entrañables a nuestra custodia son: el individuo como dignidad suprema, el hogar como unidad indivisible y la comunidad nacional como fuente de nuestros más limpios respetos.

VIII.—Todo Iberoamericano es hermano nuestro, por lo que frente a él no cabe discriminación alguna: siempre lo sentiremos vinculado a nuestro destino.

IX.—Las Patrias creadas con motivo de la delimitación política de Iberoamérica, son nuestras también; y el culto a sus héroes y a sus banderas, también es nuestro; así como el indefectible respeto a sus instituciones.

X.—El Iberoamericanismo no representa una posición partidista, excluye cualquier posibilidad de militancia política y no constituye ninguna posición racial.

Particulares:

I.—La Fraternidad Iberoamericana, como asociación institutora de los fines anteriormente expuestos, aspira a la universalidad: esto es, donde quiera que exista un grupo humano idóneo para postular los ideales propuestos, debe constituirse una agrupación semejante.

II.—La Fraternidad Iberoamericana es tolerante con toda clase de ideas, cuando éstas se expresen con dignidad, no ofendan la vida pública y privada de las personas, y no contraríen las limitaciones enunciadas en el punto X de los Principios Generales.

III.—En México la Fraternidad Iberoamericana es por ley, por temperamento, por espíritu: Mexicana. Idéntico privilegio pueden reclamar para sí, respecto de los países de su constitución, las asociaciones fraternales que lleguen a establecerse.

IV.—Considerando que los principios generales por ella enunciados forman parte de la soberanía cultural de las comunidades Iberoamericanas, la Fraternidad procurará, por los medios lícitos y adecuados a su alcance, la inalienabilidad de esa soberanía.

V.—Filipinas y Puerto Rico—independientemente de su organización estatal o nacional, que mucho respetamos—son considerados como miembros lógicos de la comunidad espiritual Iberoamericana.

VI.—La Fraternidad Iberoamericana promoverá por los medios que le sean propios, la exaltación de los valores inherentes a los principios que sustenta y honrará a las personas y a las instituciones que fomenten la vigencia de su ideario.

VII.—La amistad, como el más noble vínculo del hombre; el respeto mutuo, como la más firme regla del trato social; la firmeza y lealtad en las convicciones, como la más elevada condición del espíritu; la buena fe, como norma superior de la conducta humana. Tales valores y atributos reclama la F.I.A. a sus miembros.

VIII.—La Fraternidad Iberoamericana es permanente, y sus fines, irrevocables; puede cesar eventualmente en su funcionamiento, por las causas señaladas en sus estatutos, pero reclama desde ahora su reconstitución ante todos los hombres de buena voluntad, de hoy, de siempre, de habla española y portuguesa.



ENTREVISTA

Fotografías de Berenice

CON EL POETA ROBERTO CABRAL DEL HOYO



Roberto Cabral del Hoyo, es un poeta sobradamente conocido en Iberoamérica y España. Su poesía ha llegado a su máxima madurez. Juana de Ibarbóbourou al referirse a ella manifestó: "La poesía de Cabral del Hoyo es profunda y victoriosa".

Vino al mundo este sentido poeta el 7 de agosto de 1913 en la ciudad de Zacatecas. Aquella tierra es tierra de grandes poetas, pues los mismos aires que Cabral del Hoyo respiró el insigne Ramón López Velarde.

Entre los libros más importantes de Cabral del Hoyo creemos que se encuentran **Contra el Oscuro Viento y Palabra**, y ahora, naturalmente **Rastro en la Arena** que acaba de aparecer en la colección Tezontle —creación poética— del Fondo de Cultura Económica.

De este libro ya se ha pronunciado la crítica nacional y extranjera favorablemente, Sin duda —**Rastro en la Arena**— es la suma y la esencia de la poética ardiente que siempre ha inspirado al zacatecano.

Con motivo de la aparición de este libro —los lectores de NORTE ya conocen algunos de los magistrales sonetos del poeta que no hace mucho aparecieron en estas páginas— hemos entrevistado a Cabral del Hoyo, hombre limpio como su verso y que siempre tiene cosas importantes que decir acerca de ese misterio que hemos dado en llamar poesía que no sabemos a ciencia cierta por qué arte o por qué magia toca a algunos hombres de manera muy especial. Cabral del Hoyo es uno de esos hombres tocados por su magia. Pero entremos ya en el camino del diálogo.

NORTE.—Todo ha cambiado, todo está cambiando. ¿Cómo ha cambiado, Roberto Cabral del Hoyo, la poesía, si es que ella es mutable, en los últimos años?

C. del H.—Notablemente. Mucho de lo que ahora se escribe, difícilmente hubiera pasado por poesía hace treinta años. Por lo que se refiere a la forma, se ha olvidado la rima, se quiebra el ritmo; hay poesía que no es sino prosa escrita en renglones dispares; pero todo eso es secundario, ya que puede hacerse buena poesía aun en prosa. En lo esencial, se tiene quizás una mayor conciencia del mundo circundante, cosa atribuible en su mayor parte a los medios masivos de comunicación no es —ningún rincón del mundo ajeno—. La poesía que escriben los jóvenes es ahora más libre y menos íntima; refleja, más que la personalidad, el ambiente.

NORTE.—De un joven poeta de hoy a uno de su generación, ¿qué diferencias hay?

C. del H.—Bueno, si la poesía ha cambiado, no creo que los poetas hayamos cambiado mucho. Es difícil instalarse en un joven de veinte años y pensar como él, pero creo que el poeta será siempre el mismo. La misma inconformidad, la misma angustia, el mismo afán desatinado de cosas esenciales. Y el vivir un poco fuera del mundo, aunque sintamos llevar el mundo en nosotros mismos.

NORTE.—¿Cuáles son, a su juicio, los valores permanentes de la poesía?

C. del H.—La fidelidad a sí mismo, la autenticidad. Creo que la poesía es por esencia algo indefinible, como la belleza. Habla más el corazón que la cabeza, conmueve más que convence. Sus valores son extralógicos. Una palabra puede arruinar un verso, como un verso puede arruinar un poema, y nunca sabremos por qué.

NORTE.—¿Cree usted que la poesía es una necesidad del hombre?

C. del H.—Lo creo, puesto que existe desde que el hombre existe. Es una necesidad vital de expresarse, de comunicarse, de sentirse. Alguien —y no me pida que recuerde quién —dijo que una poesía era "el desarrollo de una exclamación". Todos, por lo menos en determinado momento, hemos sido poetas en potencia.

NORTE.—En nuestro tiempo, en que la tecnología es tan fundamental, ¿cuál? debe ser el valor de la poesía?

C. del H.—Recordarle al hombre las realidades últimas. Hacerle ver que es distinto del robot. Ayudarle a trascender proyectándose en los demás, despertándolo del conformismo y la abyección. Luchar por la vida, contra la muerte.

NORTE.—Si el poeta es la voz del hombre, como dijo León Felipe, ¿cómo debe el poeta de hoy enfrentarse al mundo?

C. del H.—Haciéndose digno de esa hermosa definición de León Felipe. Tiene que ser pues la voz del hombre actual, con todas sus amarguras, pero también con su firme decisión de acabar con la simulación, la vanidad, la injusticia.

NORTE.—¿Qué supone que influyó sobre usted para elegir el camino de la poesía, tan difícil camino...?

C. del H.—No lo elegí, como no se elige el color de los ojos. Lo acaté simplemente. Un día, llegado el llamado uso de la razón, uno se da cuenta de que es barrigón, o jorobado, o miope. Yo supe que actuaba siempre impulsado por sentimientos, por fobias y simpatías, jamás por intereses o por razones, y que necesitaba escribir sin otro fin ulterior, sólo por hacerlo. Ello me ha ayudado a vivir, y en ciertas épocas me fue absolutamente indispensable.

NORTE.—¿De su primer libro a **Rastro en la Arena** qué diferencias hay?

C. del H.—Toda obra poética no es sino una serie de variaciones sobre el mismo tema. En esencia, creo que la diferencia es bien poca. Sigo preocupado por el tiempo, por el amor, por el milagro de crear. Tal vez ahora pienso más en los demás que en mí mismo. La forma, sí, ha cambiado. No sé si definitivamente. En cuanto al oficio, se domina a los veinte, o no se domina nunca.

NORTE.—¿Quién es Cabral del Hoyo, esencialmente?

C. del H.—Un hombre que ha cometido muchos errores, que viene de regreso de muchas cosas, y que todavía, con la cabeza casi blanca, anda en busca de sí mismo.

NORTE.—¿Quiere decirnos algo de su infancia, de su ciudad natal, de su familia?

C. del H.—Nací en el fragor de la Revolución. Cuando la toma de Zacatecas, tenía unos cuantos meses.

Cuentan que una nana me tenía cerca de una gran vidriera interior, en lo más recio del combate, y ante una exclamación de mi madre acababa de retirarme de ella, cuando saltaron los gruesos cristales hechos astillas al ser dinamitado el Palacio Federal. Unos minutos hubieran solucionado muchas cosas. Mi abuelo materno era un señor acaudalado (minas, haciendas), y mi madre, hija única, fue una niña mimada. Dicen quienes pudieron juzgarlo objetivamente que era muy bella. No sé cómo se casó con mi padre; gerente de una sucursal del Banco Nacional de México (en Hermosillo) a los veinticinco años; uno de los primeros maderistas en Sonora —feudo de Ramón Corral—, lo que le costó la chamba; primer Jefe Político Constitucionalista (1915) en la ciudad de Zatecas. El, como los hermanos de mi madre, los hombres de mi familia, quizás por serlo demasiado, murieron jóvenes. Yo fui criado —¡horror!— entre mujeres. Mi abuela, mi madre, mis hermanas. Me salvó ese mismo arrojo frente a la vida que a ellos los hizo morir jóvenes. A los dieciséis años era yo huérfano y jefe de familia. Dejé trunco mi bachillerato para irme a encargar de la Hacienda de San Miguel, Valparaíso, Zac. El hambre no sabe de razones y era preciso vivir. Luché como pude. Me sentí muy mal. Les escribía a los vecinos de la hacienda sus solicitudes para que les dieran en ejidos tierras de nuestra propiedad. Acabaron por proponerme mi postulación para Presidente Municipal de Valparaíso. Cuando liquidé el último pedazo de la tierra heredada a través de muchas generaciones, sentí que toda la tierra de México era mía para siempre, que ya nadie me la podría quitar. Y fue allí, en las largas noches de la hacienda, donde se exacerbó mi pasión por la poesía, virus con que me había aficionado mi madre desde niño. Ella me enseñó a leer a Díaz Mirón, a Rubén Darío, a Gustavo Adolfo Bécquer, aun antes de que yo fuera a la escuela.

NORTE.—¿Alguna anécdota?

C. del H.—Bueno, todavía creía yo en los Santos Reyes —entonces el horrendo Santa Claus no rifaba— y uno de sus últimos regalos, en lugar de juguetes, fueron las poesías completas de Gutiérrez Nájera. Lo que yo había pedido. Tendría ocho o nueve años.

NORTE.—A su edad, ¿qué cosas considera usted esenciales para la creación poética?

C. del H.—¿A mi edad? Es decir, ¿cuándo va uno envejeciendo? Conservar despiertos los sentidos y la pureza del alma. La poesía —me parece que lo dijo Hölderlin— es, entre todas las tareas, la más inocente. El que pierde la inocencia deja de ser poeta.

NORTE.—¿No cree usted que al poeta de hoy le falta el contacto con la naturaleza?

C. del H.—... Pero la naturaleza está en todas partes. Es cuestión de saber ver. Entre cuatro paredes desnudas, el poeta puede crear un mundo, hallarse en estrecho contacto con el hombre, **con la naturaleza**.

NORTE.—Si le dieran la oportunidad de realizar tres deseos ¿cuáles serían?

C. del H.—Mis deseos —por ello verá usted que nunca han sido muchos ni muy ambiciosos —los he realizado casi todos. Mas bien pediría tres dones: el



de esperar. Nos resultan a veces tan difíciles la comprensión, el amor y, sobre todo, la esperanza.

NORTE.—¿Cree usted que López Velarde es un poeta actual, o no?

C. del H.—Todo gran poeta es actual. Lo son Horacio, Virgilio, Dante. Lo es Garcilaso, Góngora, San Juan de la Cruz, Quevedo... López Velarde lo es también.

NORTE.—Si lo obligaran a vivir en una isla desierta ¿qué tres libros se llevaría consigo?

C. del H.—**Las vidas paralelas**, de Plutarco; una buena antología de la poesía española de los siglos de oro —Garcilaso, Góngora, San Juan, Quevedo. Y el otro libro se lo cambio por un disco de sonatas de Beethoven. **Las Vidas Paralelas** porque me parecen muy interesantes, y porque aún me quedan muchas por leer. Ahora que, puesto que se trataría de tener material de lectura abundante y bueno —la lectura es en mí un hábito inveterado—, para el caso lo mismo podrían servir el **don Quijote**, los **Episodios Nacionales** de don Benito Pérez Galdós, o las **Obras completas** de nuestro Alfonso Reyes.

NORTE.—¿Sigue usted creyendo en el amor?

C. del H.—Por amor se entienden muchas cosas. Creo en el amor entre el hombre y la mujer, que, cuando lo tenemos, nos basta para soportar la vida. Creo en el amor como fuerza espiritual, el que es capaz de producir un Cervantes, un Martí, un Gandhi, un Beethoven...

NORTE.—¿Qué piensa de la muerte?

C. del H.—Que no tiene importancia. Le he perdido el miedo. Nada mejor que una muerte oportuna tras una vida plena. Si hay un más allá, y lo que haya, ¿quién lo sabe?

Y aquí, como siempre, entre la vida y la muerte que es al fin de cuentas todo esto y esto de estar bajo el sol respirando cada día, pusimos fin al diálogo —intenso— con el poeta Cabral del Hoyo, mientras nos vamos hojeando sus rastros en la arena y los ojos se nos quedan fijos en aquellos versos suyos que dicen: "Amigo ido, mira, la primavera vuelve; son dulces, como entonces, nuestro sol, nuestro vino, las mujeres, la música..."